

IX 9Marcas

EDIFICANDO IGLESIAS SANAS

LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA

CÓMO
SABE EL
MUNDO QUIÉN
REPRESENTA
A JESÚS

JONATHAN LEEMAN

Prefacio de Michael Horton

“Directo, fresco, edificante y, por encima de todo, bíblico. Esta es la explicación y la defensa de la membresía de la iglesia que hemos estado esperando”.

Mark Dever, Pastor principal de Capitol Hill
Baptist Church, Washington, D.C.

“Líderes de diferentes denominaciones apreciarán este pequeño libro lleno de conceptos prácticos y de argumentación coherente. Este libro nos ayudará a curar a los cristianos de nuestra cultura actual de su alergia a la membresía de la iglesia, a la autoridad pastoral, a tener que dar cuentas y a no poner límites a la libertad personal”.

Timothy Keller, Pastor fundador de Redeemer Presbyterian
Church, Nueva York; autor, *Encuentros con Jesús*

“Práctico. Convincente. Basado en las Escrituras. Jonathan Leeman nos recuerda que la membresía de la iglesia no es una opción, sino una obligación. Este libro es contundente y provocador, pero al mismo tiempo está recubierto con el evangelio de la gracia”.

Thomas Schreiner, Profesor de interpretación del Nuevo
Testamento en *Southern Baptist Theological Seminary*

“Vivimos en una época en la que la gente se relaciona con la iglesia y toma decisiones con respecto a ella como si estuviera en un restaurante. Necesitamos despertar urgentemente de nuestro sopor consumista. Este libro es la llamada de atención esperada para convertir a los consumistas de la iglesia en partícipes del evangelio”.

Darrin Patrick, Pastor principal de The Journey, St. Louis,
Missouri; autor de los libros *For the City y Church Planter*

LA PREDICACIÓN EXPOSITIVA

Cómo proclamar la Palabra de Dios hoy

David Helm

LA SANA DOCTRINA

Cómo crece una iglesia en el amor y en la santidad de Dios

Bobby Jamieson

EL EVANGELIO

Cómo la iglesia refleja la hermosura de Cristo

Ray Ortlund

LA EVANGELIZACIÓN

Cómo toda la iglesia habla de Jesús

J. Mack Stiles

DISCIPULAR

Cómo ayudar a otros a seguir a Jesús

Mark Dever

LA DISCIPLINA EN LA IGLESIA

Cómo protege la iglesia el nombre de Jesús

Jonathan Leeman

LOS ANCIANOS DE LA IGLESIA

Cómo pastorear al pueblo de Dios como Jesús

Jeramie Rinne

LAS MISIONES

Cómo la iglesia local se vuelve global

David Platt

LA CONVERSIÓN

Cómo Dios crea a Su pueblo

Michael Lawrence

TEOLOGÍA BÍBLICA

Cómo la iglesia enseña fielmente el evangelio

Nick Roark & Robert Cline

LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA

CÓMO
SABE EL
MUNDO QUIÉN
REPRESENTA
A JESÚS

JONATHAN LEE MAN

Prefacio de Michael Horton



La membresía de la iglesia: Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús

Jonathan Leeman

© 2013 por 9Marks

Traducido del libro *Church Membership: How the World Knows Who Represents Jesus* © 2012 por Jonathan Leeman. Publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers; Wheaton, Illinois 60187, U.S.A. Esta edición publicada por un acuerdo con Crossway.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina-Valera* © 1960, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso. Las citas bíblicas con las siglas NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia. Nueva Versión Internacional* © 1999, por Sociedad Bíblica de España. Usada con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Traducción: Xavier Pérez Patiño

Revisión: Patricio Ledesma y Andrew Birch

Diseño de la carátula: Dual Identity Inc.

Imagen de la carátula: Wayne Brezinka para brezinkadesign.com

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Amazon ISBN: 78-194009421

CONTENIDO

Prólogo acerca de la serie	7
Prefacio, por <i>Michael Horton</i>	9
Introducción: <i>El asunto es más importante de lo que pensamos</i>	13
1 No hemos examinado los conceptos correctos	17
2 Principios neotestamentarios de la membresía	35
3 ¿Qué es una iglesia? ¿Qué significa ser miembro de una iglesia?	53
4 ¿A qué se parecen una iglesia y sus miembros?	75
5 ¿Cuáles son los requisitos de la membresía? (<i>Llegar a ser miembro</i>)	93
6 ¿De qué maneras debería someterse el miembro a la iglesia? (<i>Ejercer de miembro</i>)	103
7 ¿Qué ocurre cuando los miembros no representan a Jesús?	123
8 ¿Debería ser igual la membresía en todas partes?	137

LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA

Conclusión: <i>La membresía define el amor</i>	149
Para consultas adicionales	151
Unas palabras de gratitud	153
Referencias	154
Índice de las Escrituras	156

PRÓLOGO ACERCA DE LA SERIE

¿Crees que es responsabilidad tuya ayudar a que tu iglesia crezca de forma sana? Si eres creyente, creemos que sí lo es.

Jesús te ordena hacer discípulos (Mt. 28:18-20). Judas te exhorta a edificarte sobre la fe (Jud. 20-21). Pedro te llama a utilizar tus dones para servir a los demás (1 P. 4:10). Pablo te ruega que sigas la verdad en amor para que tu iglesia pueda madurar (Ef. 4:13, 15). ¿Entiendes porqué afirmamos que es responsabilidad tuya?

Tanto si eres miembro de la iglesia o líder de la misma, los libros de la Serie «Edificando Iglesias Sanas» tienen como meta ayudarte a cumplir con estos mandamientos bíblicos para que así colabores en el sano crecimiento de la iglesia local. En resumen, deseamos que estos libros te ayuden a amar más a tu iglesia, tal y como Jesús la ama.

9Marks ha producido un libro corto y de agradable lectura acerca de cada una de lo que Mark Dever ha llamado las nueve marcas o características de la iglesia sana: la predicación expositiva, la teología bíblica, el evangelio, la conversión, la evangelización, la membresía de la iglesia, la disciplina en la iglesia, el discipulado, y el liderazgo de la iglesia.

Las iglesias locales existen para mostrar la gloria de Dios a las naciones. Y esto lo hacemos fijando nuestros ojos en el evangelio del Señor Jesucristo, confiando en él para salvación y, amándonos unos a otros con la misma santidad de Dios, su unidad y su amor. Es nuestra oración que el libro que tienes en tus manos te ayude a ello.

Con nuestros mejores deseos,

Mark Dever y Jonathan Leeman
Editores de la serie

PREFACIO

POR MICHAEL HORTON

“No me preocupan las partes de la Biblia que no puedo entender” —dijo bromeando Mark Twain— “sino las partes que sí entiendo”. Tristemente, el comentario de Twain se puede usar para condenar a muchos cristianos que dicen creer en la Biblia, sobre todo cuando consideramos pasajes relacionados con las responsabilidades de los miembros de la iglesia. Piensa cómo la cultura occidental nos afecta a todos. La estrella de cine John Wayne decía que a él le gustaba Dios hasta que lo tuvo bajo su mismo techo. Nuestros cantantes lo expresan así: “No me limites” y “¡Lo hice a mi manera!”. Los publicistas apelan directamente a nuestro narcisismo: “Hazlo como te parezca” y “Tú eres el que manda”. Con todo esto en el ambiente, es fácil querer los beneficios pero no las responsabilidades derivadas de las amistades, de los matrimonios, de nuestras profesiones y, ciertamente, de la iglesia.

En parte, la imagen del individuo hecho a sí mismo que asciende gracias a su propio esfuerzo nos ha llevado a desconfiar de cualquier institución. Además, una continua sucesión de escándalos graves —junto a una política rencorosa, una burocracia impersonal, y promesas incumplidas— ha debilitado la confianza de la gente en los líderes y en las instituciones. Hasta las personas que han

crecido en las iglesias han sido decepcionadas, dañadas y abusadas por quienes aseguraban ser pastores de Cristo.

La culpa no es solamente de la cultura del mundo. Mucho de nuestro cristianismo evangélico se ha forjado en una piedad que enfrenta la relación personal con Jesús contra la iglesia visible y su ministerio público. Parte de ello se debe a que los evangélicos hemos querido evitar (lo cual es bueno) el compromiso nominal y el formalismo. Pero en el proceso nos hemos inclinado —especialmente desde el Segundo Gran Avivamiento del siglo XIX— a criticar los oficios formales de la iglesia y los medios ordinarios de la gracia a favor de los líderes carismáticos y las manifestaciones extraordinarias. Lo rápido y fácil ha derrotado a lo probado y comprobado. Crecer rápidamente en número ha tenido más peso que crecer lentamente en gracia. Los resultados pragmáticos —y no las estructuras formales— se han considerado las llaves del éxito. Al mismo tiempo, muchos fuimos criados con el llamamiento evangelístico de: “No te pido que te unas a una iglesia, te pido que aceptes a Jesús como tu Señor y Salvador personal”.

No es de extrañar que después de sucesivos llamados de este tipo ser salvado tenga poco que ver con unirse a una iglesia. Incluso tenemos movimientos evangélicos que ya han eliminado completamente el concepto de la membresía eclesial. Te dicen que simplemente asistas... o no. Un líder evangélico aplaude la aparición de los revolucionarios que han decidido —de alguna manera— que

ser la iglesia significa no unirse a ella. En su lugar, estos revolucionarios encuentran sus propios recursos espirituales en Internet y en reuniones informales.

Entonces llega Jonathan Leeman, quien no solo nos recuerda todos los pasajes que hemos dejado de lado, sino que también nos dice con valentía: “Cristo no nos llama a unirnos a una iglesia, sino a someternos a ella”. La iglesia no es solo una asociación de voluntarios —como los Boy Scouts—, es una embajada del Reino de Cristo. Los reyes no hacen sugerencias, ni venden productos, ni proporcionan recursos que las personas pueden tomar o dejar.

Leeman encuentra el equilibrio entre el individualismo sin ley y el autoritarismo legalista. Los cristianos actuales necesitan escucharle urgentemente ya que nos muestra que el señorío de Cristo es el único antídoto contra estos extremos. El Señor nos gobierna para salvarnos y nos salva para gobernarnos. A diferencia de los gobernantes de esta era, Jesús no nos pide que derramemos nuestra sangre por su imperio; lo hizo él dando su propia vida por el Reino. Entonces fue resucitado en gloria como el principio de una nueva creación y ahora está juntando en su Reino a coherederos que se pertenecen los unos a los otros porque —todos ellos— le pertenecen a él. La Iglesia visible es el lugar donde encontrarás el Reino de Cristo en la tierra y despreciar el Reino es despreciar a su Rey.

Algunos lectores necesitarán convencerse de los requisitos bíblicos —y de las bendiciones— de la membresía

de la iglesia. Tal vez otros —ya convencidos— se preguntarán cómo convertir la teoría en práctica en el área de la vida eclesial. ¿Cuáles son los requisitos para la membresía? ¿Cómo manejamos juicios correctos y personales con sensibilidad pastoral? Concretamente, ¿cuáles son las consecuencias cuando la disciplina requiere medidas contundentes acerca de la doctrina o de la vida? ¿Cuáles son los límites —y las responsabilidades— de los oficiales eclesiales y de su ejercicio de la autoridad ministerial? A pesar de ser grandes preguntas, el autor no divaga sino que aborda cada uno de estos asuntos prácticos con argumentos basados en las Escrituras.

Independientemente de que al final estés de acuerdo con él o no, Leeman acumula tanta sabiduría bíblica en estas breves páginas que, sencillamente, ningún cristiano debería rechazarlas sin más. Ya que yo mismo no soy bautista no puedo estar de acuerdo con todo. Aun así, me encontré exclamando “¡Amén!” de todo corazón por los principales argumentos a favor de la membresía de la iglesia. Y lo que es más importante, me he deleitado de nuevo en la maravillosa provisión del Buen Pastor que no solo ha redimido a sus ovejas, sino que también ha establecido la manera de alimentarlas y dirigir las hasta el final.

Michael Horton, Profesor de Teología Sistemática
y Apologética Cátedra de J. Gresham Machen,
Westminster Seminary, California

INTRODUCCIÓN

EL ASUNTO ES MÁS IMPORTANTE DE LO QUE PENSAMOS

La verdad es que no te apetece leer un libro acerca de la membresía de la iglesia. Te entiendo. Puede que alguien te haya prestado este libro. Puede que te preguntes si sería de utilidad para otros. Siendo sinceros, el asunto de la membresía eclesial no parece muy interesante. Te conviertes en cristiano, te unes a una iglesia y, básicamente, eso es todo, ¿no es así?

A veces, la membresía de la iglesia consta de elementos programados como lecciones y entrevistas, y todo el asunto gira alrededor de cuestiones acerca de la Cena del Señor y el bautismo. Pero, aparte de eso, ¿hay algo más que debatir?

La primera vez que alguien me dijo que debería unirme a la iglesia a la que asistía, no estuve muy seguro de si hacerlo o no. ¿Es posible que fuera un poco reacio a la idea? No me acuerdo muy bien. Pero de algo sí me acuerdo; la membresía me permitía trasladarme a una casa para hombres —propiedad de la congregación— pagando

un alquiler muy barato y en una vecindad agradable. Así que me uní. Y no, no mencioné este asunto a los pastores que me entrevistaron. No lo preguntaron.

Además, no le di mucha importancia a la membresía. La verdad, no me parecía relevante. ¿Y tú qué piensas? ¿Es la membresía un asunto importante? ¿Sí o no?

Algunas personas dicen que la membresía de la iglesia es “necesaria” y otras dicen que es “opcional”. Supongo que la mayoría de los cristianos se encuentran en una posición intermedia. Tienen la tenue noción de que los cristianos deberían de comprometerse con la iglesia local, pero también dirán que no es la cosa más importante del mundo y que, por tanto, no deberíamos convertirlo en un asunto de tanta importancia. Tampoco les parece mal que un cristiano pase los años recorriendo diferentes congregaciones o que decida asistir indefinidamente a una iglesia sin llegar a unirse a ella.

Si perteneces a esta mayoría intermedia, he escrito este libro para ti. No lo he escrito pensando principalmente en las personas que son escépticas acerca de la membresía eclesial (aunque también te será útil si eres una de ellas). Estoy pensando en aquellos que ya asisten a la iglesia, en los miembros de la iglesia y en los líderes de la iglesia típicos que se han dejado llevar por la corriente general en este asunto. No estás seguro de por qué este asunto es tan importante, pero aun así te dices: “Está bien, vamos a pedir la membresía”.

Te estaba buscando a ti. Quiero responder a algo que no te has preguntado aunque lo deberías haber hecho.

Mi propósito principal es mostrarte *qué es la membresía de la iglesia*, porque no es lo que tú crees. No voy a defender mi postura, al menos no directamente. Te voy a presentar una visión de ella. Mi predicción es la siguiente:

Si entiendes cómo la Biblia ve la membresía, cambiará cómo tú ves el cristianismo.

La Biblia enseña la membresía con una claridad sorprendente. ¿No sientes un poco de curiosidad? Pero aún no estás convencido del todo, ¿verdad?

NO HEMOS EXAMINADO LOS CONCEPTOS CORRECTOS

Imperio. He descubierto esta palabra recientemente. No es una palabra que sacarías en una conversación mientras tomas café con tus amigos. Nos suena pretenciosa, como si la utilizara un chico de trece años excesivamente inteligente. Pero creo que es una palabra útil. Es lo que obtienes cuando conviertes la palabra *imperial* —una palabra que puedes oír en una conversación tomando café— en un sustantivo. Imperio significa poder absoluto o dominio absoluto y nos lleva a la cuestión de quién tiene la responsabilidad en nuestra sociedad. ¿Cuál es la autoridad ante la que todas las demás autoridades deben responder? ¿Quién puede cortar cabezas sin miedo a represalias —hablando literalmente— porque es parte de sus obligaciones laborales? Aquel que tiene imperio.

Imperio es lo que César tuvo en Roma, así como aquellos reyes de la época medieval que estaban siempre diciendo: “¡Que le corten la cabeza!”. En nuestros días diríamos que es el Estado quien tiene el imperio. No hay mayor poder que el suyo. El Estado es donde se encuentra

la autoridad. Solo él tiene el poder sobre la vida y la muerte: el poder de la espada.

Por tanto, si quieres empezar un negocio o una escuela necesitas el permiso del Estado. Ocurre lo mismo con los clubes de fútbol, con los sindicatos laborales o con las asociaciones benéficas. Existen con permiso del Estado y el Estado los legisla. No son ellos los que legislan al Estado. No tienen imperio.

Dicho esto, ¿qué ocurre con las iglesias locales? ¿Existen por el permiso del Estado? Bien, esto nos lleva a una cuestión interesante. De hecho, es una cuestión que cambiará totalmente nuestra forma de ver la iglesia local y la membresía.

JESÚS TIENE EL IMPERIO

La mayoría de la gente en la sociedad occidental engloba las iglesias en la misma categoría que los clubes de fútbol o las asociaciones benéficas. Piensan que la iglesia es otra asociación de voluntarios.

Otros prefieren considerar a las iglesias como un proveedor de servicios; como un mecánico que repara tu alma o una gasolinera que llena tu depósito espiritual.

¿Es la iglesia local un club o un proveedor de servicios que existe por el permiso del Estado? ¿Es una pedigüeña más que depende de la caridad del señor de la tierra?

Es cierto que como cristianos individuales debemos someternos a la autoridad del Estado. Pero recuerda que

éste es “servidor de Dios” y su “vengador para castigar” (Ro 13:4). Sí, el Estado posee el *poder de la espada*, pero lo tiene únicamente porque Dios se lo ha otorgado.

También es cierto que las iglesias deben cumplir con las leyes vigentes cuando se refiere a cosas como adoptar un código postal —si tienen un edificio— o pagar los impuestos del salario del personal (si tienen personal contratado). En este sentido, las iglesias son como cualquier otro negocio u organización.

Al mismo tiempo, hay algo que debería estar completamente claro en la mente del cristiano: la iglesia local no existe por el permiso del Estado. Existe por la autorización expresa de Jesús. Después de todo, es Jesús quien tiene el imperio, no el Estado.

Ser cristiano es saber esto: en Jesús se encuentra la autoridad final. Jesús es la autoridad ante la cual todas las demás autoridades deben responder. Jesús juzgará a las naciones y a sus gobiernos. Él es quien tiene el poder final sobre la muerte y la vida. El Estado existe porque Jesús lo autoriza, no al revés. Los países normalmente no reconocen este hecho, está claro. Pero las iglesias saben que es verdad (Jn 19:11; Ap 1:5; 6:15-17).

Toda autoridad en el cielo y en la tierra ha sido dada a Jesús; y él da a su Iglesia la autoridad para ir a las naciones. Por eso su Iglesia avanzará como una armada que no puede ser detenida. Las fronteras de los países no la pararán. Las órdenes ejecutivas de los presidentes y de los

primeros ministros no la pararán. Ni siquiera las puertas del infierno la harán retroceder.

Jesús tiene el imperio.

NECESITAMOS CAMBIAR NUESTRA FORMA DE PENSAR

El hecho de que Jesús tiene el imperio debería eliminar cualquier tentación de sobrevalorar la autoridad del Estado. El Estado solo es un servidor que tiene un mandato específico.

Pero que sea Jesús quien tiene el imperio debería producir el efecto contrario en nuestro concepto de la iglesia local: debería aumentar nuestra valoración de ella. La iglesia local también es una servidora de Jesús y él le concedió una autoridad que tú y yo no tenemos como cristianos individuales. Esto afecta radicalmente lo que es la iglesia local y lo que significa ser miembro de ella.

Si eres un cristiano que vive en un país occidental y demócrata, hay muchas posibilidades de que necesites cambiar tu manera de pensar acerca de la iglesia y de cómo te relacionas con ella. Es muy posible que minusvalores tu iglesia. Que la desprecies. Que la deformes de tal manera que también deformes tu cristianismo.

Todos nosotros hemos estado pensando que la iglesia local y la membresía son una cosa, cuando en realidad son otra. Es como si hubiéramos estado mirando a nuestra propia familia —padre, madre e hijos— y pensando en ellos como en un *negocio*. Ahora aparezco yo y te digo:

“¡No son un negocio, son tu familia! Debemos empezar a tratarlos de forma apropiada”.

En este capítulo voy a intentar mostrarte en qué consiste la ilustración mencionada. Para lograrlo, utilizaré cinco conceptos importantes, todos ellos basados en la realidad del imperio universal de Jesús. Después, utilizaré el resto del libro para aclarar todo el lío que voy a formar aquí: justificaré, desarrollaré y aplicaré dicha ilustración.

Empezaremos definiendo lo que *no* es una iglesia local. La iglesia local no es un club para cristianos. No es una asociación benéfica donde la membresía es opcional. No es un grupo abierto de gente que comparte un interés en asuntos religiosos y que se reúne semanalmente para hablar de lo trascendente. Tampoco es un proveedor de servicios donde el cliente tiene toda la autoridad. Es irónico que llamemos al culto de la iglesia *servicio* (sí, yo también lo hago). Es como si le estuviéramos diciendo a la gente que entre en la zona del parking a las 11:00 de la mañana para ser servidos: “¡Arreglamos tu alma en sesenta minutos!”.

Puede que esta forma de entender la iglesia local la hayamos obtenido del enfoque protestante acerca del lugar de la predicación y los sacramentos. Puede que la sociedad democrática occidental nos haya embaucado para ver las iglesias como asociaciones benéficas. Puede que sea el precio de un siglo practicando el consumismo. No estoy seguro. Pero aquí tienes algunas de las consecuencias de esta comprensión errónea:

- Los cristianos piensan que es correcto asistir indefinidamente a una iglesia sin unirse a ella.
- Los cristianos piensan que se puede separar el bautismo de la unión a la iglesia.
- Los cristianos participan de la Cena del Señor sin unirse a la iglesia.¹
- Los cristianos ven la Cena del Señor como una experiencia privada y mística apta para los *cristianos* y no como una actividad para los *miembros de la iglesia* que se han sumado a una vida colectiva con los demás miembros.
- Los cristianos no integran lo que hacen en sus vidas de lunes a sábado con las vidas de otros santos.
- Los cristianos dan por hecho que no hay nada malo en la costumbre de saltarse algunas reuniones dominicales cada mes, o aun más.
- Los cristianos toman decisiones importantes en su vida —trasladarse, aceptar un ascenso laboral, escoger una esposa, etc.— sin considerar los efectos que esas decisiones traerán a la familia de amistades en la iglesia, o sin consultar la sabiduría de los pastores y de otros miembros de la congregación.
- Los cristianos compran casas o alquilan apartamentos sin apenas considerar que algunos factores —como la distancia y el costo— afectarán su disponibilidad para servir a su iglesia.

- Los cristianos no se dan cuenta de que tienen una parte de responsabilidad tanto en el bienestar espiritual como en el sustento físico de otros miembros de la congregación, incluyendo miembros que no conocen. Cuando uno padece, se duele solo. Cuando uno recibe honra, se goza solo...

La enfermedad arraigada detrás de todos estos síntomas —la cual admito que corre por mis venas— es asumir que tenemos la autoridad de manejar la vida cristiana a nuestra manera. *Incluimos* a la iglesia en nuestros planes cuando y como nos conviene.

Dicho de otra manera, tratamos a la iglesia local como a un club al que nos unimos (o no). Esta asunción nos lleva —en cierta manera— a conducir nuestra vida cristiana al margen de la iglesia local aun cuando *nos* unimos a ella: “Claro que soy miembro de la iglesia, pero ¿por qué razón tengo que pedir a la congregación que me ayude a considerar si acepto un trabajo en una ciudad lejana?”.

Quiero que sepas que no estoy señalándote con el dedo. Estos instintos también forman parte de mi cultura. Te confieso que quiero hacer las cosas a mi manera. Prefiero no asumir responsabilidades por otras personas.

Pero esa no es la ilustración bíblica. Necesitamos cambiar nuestras gafas viejas por unas nuevas. ¿Estás preparado?

LA AUTORIDAD MÁS ALTA DEL REINO EN LA TIERRA

¿Qué es la iglesia local? Voy a decir varias cosas para responder a esta pregunta, pero permíteme empezar aquí: la iglesia local es la autoridad que Jesús ha instituido en la tierra para confirmar oficialmente nuestra vida cristiana y moldearla.

De la misma manera que Jesús ha instituido el Estado, ha instituido la iglesia local. Es una *autoridad institucional* porque Jesús la ha *instituido* con autoridad. Ahora bien, estoy evitando por todos los medios meterme aquí en un debate acerca de la relación entre Iglesia y Estado, pero hay algo que debes entender si vamos a tener un debate progresivo acerca del paradigma de la membresía eclesial:

Concepto importante 1: Así como la Biblia establece el Gobierno de tu nación como la más alta autoridad en la tierra en relación con tu ciudadanía en esa nación, también la Biblia establece la iglesia local como la más alta autoridad en la tierra en relación con tu discipulado en Cristo y con tu ciudadanía en la actual nación prometida de Cristo.

Por eso Jesús ha instituido el Estado dándole el *poder de la espada*. Básicamente, esto quiere decir que el Estado puede quitarte la vida (bajo la autoridad de la Palabra de Dios). Esto significa —por extensión— que el Estado tiene los mecanismos de seguridad necesarios para establecer

las estructuras básicas de la sociedad; tales como decidir quién es reconocido públicamente como ciudadano.

Del mismo modo, Jesús ha instituido la iglesia local dándole el *poder de las llaves*. Básicamente, esto quiere decir que la iglesia local puede retirar la membresía a una persona (bajo la autoridad de la Palabra de Dios). Esto significa —por extensión— que la iglesia local tiene los mecanismos de seguridad necesarios para establecer las estructuras básicas de la vida del Reino, tales como decidir quién es reconocido públicamente como ciudadano.

HAY QUE BUSCAR LOS CONCEPTOS CORRECTOS

Por tanto, en vez de empezar con el concepto de la iglesia como asociación benéfica, necesitamos empezar con el concepto de la iglesia como el pueblo de un reino o nación. ¿Entiendes ahora por qué hablo de un cambio de categoría, como lo sería cambiar de un negocio a una familia?

La gente dice: “¿Dónde se encuentra la *membresía* en la Biblia?” y el problema es que están buscando algo así como un club al que unirse, porque la palabra *membresía* es una palabra que pertenece a los clubes. Los clubes, los partidos políticos y los sindicatos laborales tienen *miembros*. Pero normalmente no utilizamos la palabra *membresía* en relación con los gobiernos y los ciudadanos de las naciones. No decimos: “Bueno, ¿cómo le va a la membresía de la nación española? ¿Ya habéis llegado a los 47 millones de miembros, verdad?”.

Los clubes se fundan con algún punto de interés común. Los proveedores de servicios empiezan con alguna necesidad o deseo común. Las iglesias tienen todo esto y también tienen algo más: un Rey que exige la obediencia de su pueblo. Las iglesias comienzan con un hecho: Jesús es Salvador y Señor. Él murió en la cruz por los pecados de todos los que creyeran en él y lo siguieran.

Esto significa que la Biblia no habla de la *membresía de la iglesia* en la forma que a ti te gustaría que lo hiciera. En su lugar, habla de cómo los miembros de su pueblo *se reúnen todos juntos, bajo su suprema autoridad*. Jesús está interesado en los ciudadanos de un reino, no en los miembros de un club. Más aun, la Biblia utiliza una serie de metáforas acerca de la unidad de la iglesia (familia, vid, etc.). Esto nos lleva al segundo concepto importante:

Concepto importante 2: Cuando abras la Biblia no busques señales de un club con miembros voluntarios. En su lugar, busca a un Señor y a su pueblo en unión. También debes buscar otras formas de unidad (hermanos y hermanas en una familia, pámpanos en una vid, etc.).

¿Aparece la membresía eclesial en la Biblia? Si buscas los conceptos correctos la encontrarás por todas partes. Trataré de demostrártelo en los capítulos 2, 3 y 4.

NO ES UN CLUB, SINO UNA EMBAJADA

Ahora bien, el concepto de iglesia implica mucho más que su autoridad institucional sobre nosotros. Necesitamos ver la iglesia como una familia, un rebaño, un templo y todo lo demás. Pero todas estas cosas deben colocarse dentro de la estructura de autoridad de la iglesia local, y esta es la razón por la cual empiezo en este punto. La autoridad de la iglesia *moldea* los aspectos familiares de la vida de la iglesia, los aspectos del cuerpo de la vida de la iglesia y todos los demás aspectos.

Por tanto, voy a utilizar varias metáforas bíblicas para describir a qué se parece la vida en la iglesia local. Me gustaría empezar con una metáfora sobre la cual podamos construir; una que reemplaza el concepto de *club* o de *proveedor de servicios*: la metáfora de la embajada.

¿De dónde saco el concepto de la embajada? Lo saco del concepto bíblico del Reino de Cristo. La iglesia no es el Reino, es el puesto fronterizo o embajada de ese Reino.

¿Qué es una embajada? Es una institución que representa a una nación dentro de otra nación. Declara los intereses de su *nación natal* a la *nación que los acoge* y protege a los ciudadanos de la *nación natal* que viven en la *nación que los acoge*. Te pongo un ejemplo: estuve cinco meses estudiando en Bruselas (Bélgica). Durante mi estancia allí mi pasaporte caducó. Si hubiese intentado salir del país sin haber renovado mi pasaporte habría tenido problemas. Ya no tenía un documento válido

que confirmara mi ciudadanía estadounidense. Así que una tarde me fui a la Embajada de los Estados Unidos en Bruselas y renové mi pasaporte. La embajada *no me hizo* ciudadano de los EE.UU. esa tarde, pero lo *confirmó* oficialmente. A pesar de que soy un ciudadano estadounidense, no tengo la autoridad oficial de declararme a mí mismo como tal ante las naciones. Sin embargo, la confirmación de la embajada me dio la posibilidad de continuar viviendo en una ciudad extranjera protegido por todos los derechos y beneficios de mi ciudadanía.

Por tanto, una embajada representa un lugar dentro de otro lugar del globo terráqueo. Pero, ¿qué pasaría si te dijera que hay otro tipo de embajada, una que representa un lugar *del futuro*? Pues eso es la iglesia local. Representa el grupo completo de las personas bajo el señorío de Cristo que se reunirá al final de la historia.

Pablo nos dice que la ciudadanía cristiana está en los cielos. Hasta nos llama *ciudadanos de Israel*, lo cual es muy interesante cuando consideramos lo que significaba la ciudadanía para los judíos.

De todas maneras —y a diferencia de Israel— la patria del cristiano no está en ningún lugar del planeta tierra. Somos extranjeros y peregrinos. Los cristianos deben anhelar llegar a su patria. Están esperando el día cuando “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo”, cuando toda rodilla se doble y toda lengua confiese que “Jesucristo es el Señor” (Ap 11:15; Fil 2:10-11).

Pero espera un momento. Hay un lugar en la tierra donde los ciudadanos celestiales pueden encontrar — ahora mismo— asilo y reconocimiento oficial: la iglesia local. Las iglesias representan el gobierno de Cristo aquí y ahora. Reconocen y protegen a sus ciudadanos aquí y ahora. Proclaman sus leyes aquí y ahora. Se arrodillan ante su Rey aquí y ahora, e instan a todo el mundo a hacer lo mismo. Aquí tienes, pues, el tercer concepto importante:

Concepto importante 3: Una iglesia local es una verdadera embajada, establecida en el presente, que representa el Reino futuro de Cristo y su Iglesia universal.

El concepto de la membresía eclesial emana de forma natural de esta ilustración de la iglesia local. ¿Qué significa ser un miembro de la iglesia? Significa ser alguien que cruza las puertas de la embajada asegurando pertenecer al Reino de Cristo: “Hola, me llamo cristiano”. El oficial de la embajada presiona unas cuantas teclas en su ordenador y entonces dice: “Sí, ya veo tu historial. Aquí tienes tu pasaporte”. Ahora la persona puede disfrutar de muchos de los derechos, beneficios y responsabilidades de la ciudadanía aunque viva en un país extranjero. Pero aun hay más —y esta es la parte más sorprendente—, la persona se convierte en parte de la embajada misma: uno de los oficiales que confirma y supervisa a otros. Ser miembro de la iglesia significa *ser* la iglesia; al menos una parte de ella.

Por tanto, el miembro de la iglesia es alguien reconocido formalmente como cristiano y una parte del cuerpo universal de Cristo. Esto no quiere decir que las iglesias acierten siempre, pero tienen la responsabilidad de identificar y confirmar quién pertenece al Reino y quién no. Este es el cuarto concepto importante:

Concepto importante 4: El miembro de iglesia es la persona que ha sido reconocida oficial y públicamente como cristiana ante las naciones, al mismo tiempo que comparte la misma autoridad oficial de confirmar a otros cristianos de su iglesia y supervisarlos.

La membresía eclesial es más que esto. Necesitamos hablar de nuevo acerca de los conceptos de membresía que encontramos en la familia, el cuerpo, el rebaño y muchas cosas más, tal y como veremos en el capítulo 4.

Pero empezamos aquí porque representa la autoridad del Reino que Cristo nos ha dado, no como cristianos individuales, sino como miembros de una iglesia local. Jesús no nos dejó solos para que nos gobernásemos a nosotros mismos y nos declarásemos sus ciudadanos. Él dejó una institución preparada para confirmarnos como creyentes y para moldear nuestras vidas cristianas y dirigir las.

La autoridad —tipo embajada— de la iglesia local da a las personas que van diciendo “Soy de Jesús” la oportunidad de demostrar que esas palabras significan algo. La

iglesia local protege la reputación de Cristo separando los creyentes verdaderos de los falsos. La iglesia local posibilita que el mundo mire al lienzo de la familia de Dios y vea un cuadro auténtico del amor y la santidad de Cristo, no una falsificación. La iglesia local establece una ruta con barandillas de seguridad y áreas de descanso para el largo trayecto de la vida cristiana.

Los reyes y los gobernantes de las naciones cuidan mucho a quienes reconocen como sus ciudadanos. ¿No hará lo mismo el Rey del universo?

NO NOS UNIMOS, SINO QUE NOS SOMETEMOS

Si Jesús ha provisto a la iglesia local de autoridad sobre nosotros, entonces no nos *unimos* simplemente a la iglesia como hacemos con los clubes o asociaciones benéficas; sino que nos *sometemos* a ellas como hacemos con los gobiernos. Aquí tienes el quinto concepto importante:

Concepto importante 5: Los cristianos no se *unen* a las iglesias; se *someten* a ellas.

Después de todo, tanto la Iglesia como el Gobierno representan la autoridad de Jesús, aunque de formas diferentes. Hasta los pastores y los líderes eclesiales deben someterse de esta manera a la iglesia. También ellos deben tener su ciudadanía confirmada por la iglesia a través de la Cena del Señor.

Ahora bien, no me entiendas mal. Desde el punto de vista no cristiano la iglesia local es una asociación benéfica; nadie tiene la obligación de unirse a ella. Pero desde el punto de vista cristiano no es así. Una vez que has escogido a Cristo también debes escoger a su familia. Es un paquete de *todo incluido*. Escoge al Padre y al Hijo y tendrás que escoger la familia completa (lo cual se hace a través de la iglesia local).

Además, la iglesia ejerce la autoridad que le ha dado Dios de forma muy diferente al Estado. Jesús dijo: “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad” (Mt 20:25). Y en la siguiente frase dice que la autoridad cristiana funciona entregando nuestras vidas por el bien de los demás, como él hizo por nosotros (vv. 26-28). La autoridad cristiana también funciona por el poder tierno, efectivo y transformador de la Palabra y el Espíritu Santo; no por los poderes manipuladores de la persuasión y la coerción.

Aun así, Jesús quiso que los cristianos se dieran a sí mismos —se sometieran a sí mismos— voluntariamente a la iglesia local. Lo que esto significa y lo que no, lo veremos en el capítulo 6.

POR QUÉ LAS IGLESIAS SON UNA AMENAZA NACIONAL E INTERNACIONAL

Tengo la impresión de que muchos cristianos no comprenden lo que significa la membresía y por qué es tan

importante. Esto es debido a que nos hemos estado planteando mal este asunto desde el principio.

No obstante, puedo señalar dos grupos que comprenden verdaderamente bien la importancia de este tema. En primer lugar, piensa en todos los gobiernos que han perseguido a las iglesias y a sus miembros. Estos gobiernos se equivocaron al considerar a las iglesias como una amenaza para su poder institucional (Jesús no les dio el poder de la espada a las iglesias). Aunque tales gobiernos acertaron plenamente en creer que los miembros de las iglesias no les rendirían una lealtad completa. Se la rinden a Jesús.

Mira cómo Eusebio —historiador romano del siglo IV— describió a un cristiano de la iglesia primitiva llamado Sanctus, cuando éste fue llevado ante sus torturadores en el año 177 a. C.: “Permaneció ante sus acusadores con tal resolución que ni siquiera les dijo su propio nombre, su raza, su lugar de nacimiento o si era esclavo o libre. Respondió —en latín— a todas las preguntas de la misma manera: ‘Soy cristiano’. Esto lo afirmó una y otra vez, en lugar de decir su nombre, su lugar de nacimiento, su nacionalidad o cualquier otra cosa. Los paganos no escucharon ninguna otra palabra de él”.²

El segundo grupo que comprende la importancia de este asunto es el de los cristianos —como Sanctus— que han vivido bajo persecución, especialmente los que han vivido bajo la persecución aprobada por el Estado.

Estos hermanos y hermanas han arriesgado sus vidas bautizándose para pertenecer a la iglesia. No se te ocurra hablarles de *membresía voluntaria* como si la iglesia fuese una liguilla de bolos. Ellos saben cuál es el precio de su lealtad. Esto me lleva a preguntarme si este libro tendrá más sentido para ellos que para los cristianos occidentales como yo. “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5:10).

Te voy a pedir que te imagines una esfera con todas las naciones del mundo dibujadas en ella. Ahora imagínate una pequeña embajada de luz. Es una reunión de cristianos, reunidos en el nombre de su Rey Jesús. Entonces el punto de luz se divide en dos, después en cuatro, luego en ocho y así continúa. Una nueva nación está creciendo; una nación instalada dentro de otra nación. Esta nueva nación no mueve las fronteras en el mapa, pero tampoco puede ser contenida por sus líneas. Las líneas de las fronteras no tienen la autoridad para detener a estos ciudadanos celestiales. Los puntos de luz traspasan todas las fronteras, esparciéndose por todas partes como un virus contagioso, como las estrellas que aparecen una a una a medida que el cielo se oscurece.

Estas son las iglesias de Cristo y sus miembros. El mundo nunca conoció nada que se les pareciera.

PRINCIPIOS NEOTESTAMENTARIOS DE LA MEMBRESÍA

Ya que nuestro objetivo es comprender lo que significa la membresía eclesial, será beneficioso darnos juntos un pequeño paseo por el paisaje del Nuevo Testamento, simplemente para asegurarnos de que estamos mirando las mismas cosas. Esto es como comprar un terreno; no tienes suficiente con la descripción de la inmobiliaria, prefieres ir a ver el terreno por ti mismo.

¿Te gustaría ver el *terreno* viajando atrás en el tiempo a las primeras décadas de la iglesia primitiva, empezando en el año 30 d. C.?

Imaginemos que nuestra máquina del tiempo nos lleva a algún lugar sobre el Atlántico Norte y volamos hacia el sur, a lo que los romanos llamaban *Britania*. Mirando hacia abajo, vemos Stonehenge que por aquel entonces ya tiene 2500 años. No reconocemos mucho más; Londres aún tardará otra década en ser fundada por los soldados romanos.

Cruzamos un canal de agua y sobrevolamos los campos y los bosques de la *Galia*, una tierra conquistada por

Julio César en el año 51 a. C. En la actualidad, esa área se llama Francia. Cruzamos los nevados Alpes y planeamos sobre los oscuros y polvorientos paisajes italianos, pasando finalmente por la espléndida ciudad de Roma en la que gobierna Tiberio César.

Girando en dirección este, pasamos el Adriático y bordeamos la costa del mar Mediterráneo a través de los territorios de Macedonia, Tracia, Asia, Licia y la cercana Siria (territorios todos conquistados por los insaciables batallones romanos durante los dos siglos anteriores). No cruzamos el río Éufrates, más allá del cual encontramos el imperio Parto y, aun más lejos, el joven imperio indio de Kushán. En su lugar, giramos en dirección sur adentrándonos en Palestina y la provincia romana de Judea. Judea fue conquistada noventa años antes por el general Pompeyo (en el 63 a. C.). Ahora es gobernada —en el nombre de Roma— por el bíblico e infame Poncio Pilato y por una marioneta judía: el rey Herodes Antipas.

Nuestra máquina del tiempo aterriza en la ciudad de Jerusalén y ponemos nuestros pies en la árida tierra de Palestina. Echamos un vistazo a nuestro alrededor y vemos las casas de ladrillo y barro, algunas mansiones y, en la distancia, el mismísimo Monte del Templo. El propósito de nuestro viaje es sencillo: hacernos una pequeña idea de cómo eran las iglesias primitivas y sus miembros. ¿Existen iglesias locales? ¿Practican lo que nosotros llamamos hoy la *membresía de la iglesia*?

LA IGLESIA EN JERUSALÉN

Observando el entorno vemos que estamos rodeados de “judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo”: partos, medos, elamitas, asiáticos, egipcios, libaneses, romanos, cretenses, árabes... y la lista continúa (Hch 2:5, 9-11). Se han reunido para celebrar la fiesta anual de Pentecostés, y los aromas y los colores chillones nos hacen pensar en un mercadillo.

Aun así, lo primero que nos impresiona no es el panorama, sino un sonido “como de un viento recio” (2:2). Somos arrastrados por el movimiento de la multitud hasta encontrarnos frente a un grupo de hombres que —de alguna manera— están predicando en las lenguas nativas de toda esta gente. La multitud se sobresalta sorprendida.

Uno de los hombres —llamado Pedro— desafía a la gente directamente. Está refiriéndose al rey David, quien llamó al recién crucificado Jesús “mi Señor”. Entonces concluye con un golpe directo: “a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (v. 36).

Nos fijamos en los oyentes, temiendo que fuesen todos a una contra Pedro. Sin duda alguna, lo tacharán de traidor y lo llevarán a empujones ante las autoridades.

Pero no hay arrebató alguno. De alguna manera, el desafío ha funcionado. Estas personas “se compungieron de corazón” y preguntaron a Pedro qué podían hacer (v. 37). Pedro —sin vacilar— les responde: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo

para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (v. 38).

La acción de Pedro fue muy valiente, ya que la propia ejecución de Jesús estuvo acompañada de cargos de insurrección. Pero Pedro no trata de esconder que Jesús es un rey, llegando a poner esa declaración en la boca de David y de Dios mismo. Aun más, le dice a la gente que se identifiquen ellos mismos con Jesús a través del bautismo. Todo apunta a que Pedro quiere establecer un grupo de personas diferente del resto: un movimiento identificable de forma pública.

Sorprendentemente, la multitud respondió al unísono: “los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas” (v. 41).

Parece que hemos aterrizado nuestra máquina del tiempo en el lugar adecuado. Aquí es donde empezó todo. Preguntando a la gente nos enteramos de que antes de que llegáramos había un grupo reunido “como ciento veinte en número” (1:15). Y ahora —en este día extraordinario— tres mil nombres más son añadidos: Santiago, Lidia, Zebedeo, Prócoro, Jaime, Sancho, Alicia, etc. Los discípulos cuentan el número y guardan un registro oficial. Ahora saben *quién* forma parte del grupo.

CRECIMIENTO Y PERSECUCIÓN

Con el paso de los días, alquilamos algo parecido a una oficina instalada en una tienda, empezamos a redactar

nuestros propios informes y seguimos observando cómo este grupo se adapta a un nuevo estilo de vida: perseveran en la doctrina de los apóstoles, comparten comunión unos con otros, practican el partimiento del pan y la oración, se llaman a sí mismos *creyentes* y tienen en común todas las cosas “incluyendo sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno” (2:42-45).

Estas personas tiene un estilo de vida totalmente diferente al del resto de la ciudad. Parece que son de otro lugar. El rebaño completo se reúne “cada día en el templo”, y se divide en grupos más pequeños “en las casas” (v. 46). Además, el grupo continúa creciendo: “Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (v. 47).

Van pasando las semanas y los meses. Muchos más afirman *creer* en el mensaje. Rápidamente, el registro oficial de miembros —solo de varones— alcanza los “cinco mil” (4:4). Nos preguntamos si este grupo está solamente interesado en aumentar su registro oficial.

¿Podría ser que estuvieran obsesionados con el número de miembros? La respuesta llega igual de rápida: ¡En absoluto! De alguna manera, los líderes se enteran de un importante pecado moral y lo corrigen inmediatamente (5:1-11). De alguna manera, toda la “iglesia” —así se llaman ahora— se sigue reuniendo “unánimes en el pórtico de Salomón” (5:11-12). De alguna manera, la iglesia al completo quiere tener reuniones de miembros para hablar de cómo atender mejor a sus viudas (6:1-2).

No hay ninguna duda: estas personas pasan juntos el tiempo y se cuidan los unos a los otros. Su vida en común es tan notable que estudiando la ciudad de Jerusalén descubrimos que “el pueblo los alababa grandemente” (5:13).

Aunque claro, no les gustan a todo el mundo. Dos veces son arrestados los apóstoles y llamados a rendir cuentas. Dos veces responde Pedro lo mismo: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (4:19; 5:29). Este grupo sabe que tiene que rendir cuentas a Jesús; a nadie más. Ellos “no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo” (5:42).

Aun así, se le empieza a complicar la vida a la iglesia. La persecución aparece cuando las autoridades locales se sienten provocadas. Un líder llamado Esteban es apedreado hasta la muerte. Casi parece que el sumo sacerdote ha obtenido una lista de nombres y direcciones porque uno de sus secuaces más celosos —un fariseo llamado Saulo— “entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel” (8:3).

Sorprendentemente, los esfuerzos de Saulo tienen un efecto inesperado. Varios mensajeros llegan jadeando a nuestra oficina con la misma noticia: “los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (8:4). La persecución esparce a los cristianos lejos de Jerusalén y los envía a otras ciudades y países.

Pronto nos llegan noticias de discípulos que aparecen en Samaria, Damasco, Lida, Jope y Cesarea (8:14; 9:10, 32,

42; 10:24, 47-48). Todo el mundo empieza a comprender que Jesús también vino como rey de los gentiles (11:18).

Más o menos al mismo tiempo se empieza a escuchar un murmullo en la iglesia de Jerusalén que dice que el mismísimo Saulo se ha convertido y está predicando en las sinagogas que Jesús “era el Hijo de Dios” y “el Cristo” (9:20, 22). La mayoría no se lo cree hasta que Saulo aparece en Damasco y predica “valerosamente en el nombre de Jesús” (9:27). La situación parece mejorar por el momento. La iglesia en Jerusalén —“ahora esparcida por toda Judea, Galilea y Samaria”— parece estar disfrutando de un tiempo de paz (9:31).

LAS IGLESIAS EN SIRIA, ASIA MENOR Y MÁS ALLÁ

Decidimos que ha llegado el momento de tener una reunión para empezar a examinar los datos. Uno de nosotros sugiere la posibilidad de que Dios hubiera enviado *a propósito* a todos esos ciudadanos internacionales a Jerusalén para el día de Pentecostés y que, entonces, permitiera *a propósito* que llegara la persecución y así los discípulos se esparcieran cruzando las fronteras internacionales.

Para nuestra confirmación, aparece precipitadamente —en plena reunión— uno de nuestros amigos de la iglesia en Jerusalén. Está sin aliento y tiene que agacharse y apoyarse en sus rodillas para no caer, pero eleva la mirada y nos dice sonriendo: “hasta Fenicia, Chipre y Antioquía... [un] gran número creyó y se convirtió al Señor...

[y] llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén” (11:19-22).

Avanzamos un año en el tiempo. Compramos un ejemplar del periódico de la iglesia en Jerusalén —*El Discurso de los Apóstoles*— y leemos que “una gran multitud fue agregada al Señor” en Antioquía, y que Bernabé y Saulo “se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente” (11:24, 26). Está claro que esto no es simplemente un fenómeno judío.

Además, estos cristianos sirios son increíbles. Una hambruna nos asola en Judea, pero los discípulos en Siria envían provisiones al sur. De hecho —y gracias a la generosidad de los cristianos de Antioquía— nos encontramos un día en la casa de un miembro de la iglesia disfrutando de un espetón de cordero sirio asado acompañado de higos y ensalada de lentejas, panes tostados sin levadura y rollitos de queso de cabra, y hojas de parra rellenas de arroz con leche. Sin lugar a duda, el amor cristiano es delicioso. Estos cristianos demuestran —una y otra vez— que se cuidan mutuamente, y que sus cuidados traspasan las fronteras nacionales y se extienden a iglesias que no son las suyas.

Las décadas van pasando y vemos cómo las ocasiones de establecer iglesias prosperan. Saulo —ahora llamado Pablo— inicia un viaje en el que establece iglesias en Chipre y Asia Menor; incluyendo ciudades como Derbe, Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia (13:4, 13-14; 14:20-23).

En su segundo viaje establece iglesias —adentrándose en Occidente— en las ciudades de Filipos, Tesalónica, Berea, Corinto y Éfeso —por nombrar algunas— (15:36 – 18:32). Finalmente, emprende un tercer viaje para confirmar la mayoría de estas iglesias (18:23 – 21:26).

No solo nos llegan informes verbales; sino también copias de las cartas escritas por los apóstoles a diferentes iglesias en Galacia, Tesalónica, Corinto, Roma y en otras partes. Pablo hasta escribe bajo arresto domiciliario: “soy embajador en cadenas” —dice— (Ef 6:20). Utiliza sus complicaciones con las autoridades mundanas para el beneficio del Rey Jesús.

En general, la respuesta de las autoridades gobernantes abarca a todas las provincias. Herodes Antipas arresta a miembros de la iglesia y los mata (Hch 12:12). El procónsul romano de Chipre cree en el mensaje y se convierte (13:12), al igual que el principal de la sinagoga (18:8). El gobernador Félix ve una oportunidad de recibir un soborno (24:26). El gobernador Festo llama “locos” a los cristianos (26:24). El rey Agripa es persuadido (26:28). Y Galión —otro procónsul romano— dice básicamente que nada de esto le importa y los rechaza con un gesto de la mano como si fuesen una mosca molesta (18:14-17).

Es como si las iglesias y sus miembros estuvieran entre dos aguas; con un pie en la sociedad y otro pie fuera, pertenecen a la sociedad pero no pertenecen a ella, ni una cosa ni la otra. Una copia de una carta de Pedro llega un

día a nuestra oficina y dice exactamente lo mismo: llama a los cristianos “extranjeros dispersos” (1P 1:1, NVI).

UN CUADRO CLARO Y COHERENTE

Leemos y releemos informes. Tomamos notas y tratamos de juntar todas las piezas para entender qué son la iglesia local y sus miembros. A medida que lo hacemos, aparecen en todos los documentos diez puntos irrefutables:

La esencia misma de la existencia de la iglesia se basa en el mensaje de un Señor y Salvador. Las mismas palabras que escuchamos en nuestro primer día en Jerusalén “para perdón de pecados” y “Señor y Cristo”, aparecen una y otra vez en nuestras notas. Los apóstoles lo proclaman (2Co 4:5; ver Hch 17:3; Jn 20:31). Lo llaman el camino de la salvación y las “buenas nuevas” (Ro 10:9; 1Co 15:1-5; Ef 1:7; 1P 1:3-12). Es el Espíritu

Santo quien les da la autoridad para decirlo (1Co 12:3). Estos cristianos respetan a las autoridades de este mundo y se adhieren a ellas hasta cierto punto, pero su fidelidad completa es para Jesús. Se llaman a sí mismos “embajadores en cadenas” y lo arriesgan todo; incluyendo su vida.

Los cristianos están unidos generalmente a iglesias individuales pero que también están correlacionadas. Al principio, todos los creyentes eran unidos o “añadidos” a la iglesia en Jerusalén. Luego viene una etapa de transición en la que los discípulos aislados son esparcidos; como cuando Felipe explica el evangelio al eunuco

etíope. Pero todo esto son asuntos fronterizos aislados. Aparte de esto, no encontramos ejemplos de cristianos separados de sus iglesias. En seguida se establecen iglesias en Antioquía, Iconio, Corinto, etc. Estas iglesias siguen comunicándose, identificándose unas con otras y ayudándose mutuamente en tiempos de necesidad (aun traspasando las fronteras).

Los cristianos se identifican colectivamente a sí mismos como iglesias. Esto lo podemos ver en la manera de hablar de sí mismos: “Saulo asolaba la iglesia”. “Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia”. “Se congregaron allí [Bernabé y Saulo] todo un año con la iglesia”. “Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles”. “La iglesia hacía sin cesar oración”. “Habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos”. “Habiendo sido encaminados por la iglesia”. “Llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia” (Hch 8:3, 11:22, 26; 12:1, 5; 14:27; 15:3-4).

Los cristianos usan la palabra *iglesia* para identificarse a sí mismos en la vida comunitaria. Las personas pertenecen a algo que es corporativo y mayor que lo individual.

Los cristianos poseen un poder especial y una identidad corporativa cuando se reúnen de manera oficial. Pablo escribe acerca de cuando la iglesia en Corinto se reúne “En el nombre de nuestro Señor Jesucristo [...] con el poder de nuestro Señor Jesucristo” (1Co 5:4). Más adelante en la carta se refiere a “cuando os reunís como iglesia”

(11:18), como si ellos fueran —de algún modo— más *iglesia* cuando están juntos que cuando están separados. Esta asamblea reunida parece que tiene el poder de hacer cosas: tomar decisiones y hacer declaraciones en el nombre de Jesús.

El primer paso de la vida cristiana es —siempre— el bautismo. Esos hombres lo tenían claro. “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros”. “Los que recibieron su palabra fueron bautizados”. “Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres”. “Al momento le cayeron de los ojos como escamas [...] y levantándose, fue bautizado”. “En seguida se bautizó él con todos los suyos”. “Y muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados”. “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hch 2:38, 41; 8:12; 9:18; 16:33; 18:8; 22:16). No nos sorprende en absoluto que cuando Pablo escribe a la iglesia en Roma asuma que todos sus lectores han sido bautizados (Ro 6:3). Esta señal de identificación pública es un hecho establecido.

A los cristianos se les manda separarse del mundo y no asociarse oficialmente con él. El apóstol Pablo no prohíbe las relaciones con los no cristianos (ver 1Co 5:9-10). Pero sí les dice a los cristianos que no pongan en riesgo su identidad cristiana compartiéndola oficialmente con no creyentes. Les dice: “No os unáis en yugo desigual con

los incrédulos” porque la luz no tiene comunión con las tinieblas (2Co 6:14). De la misma manera que Dios quiso una línea clara de separación entre Israel y las otras naciones, así también Dios demanda una línea clara y reluciente entre la Iglesia y el mundo: “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré” (6:17). Es un mandamiento muy específico.

La vida y la autoridad de la iglesia local moldea las vidas de sus miembros y las dirige. Esto lo vimos especialmente claro durante nuestras primeras semanas en Jerusalén. La vida cristiana empezaba dentro de un marco de autoridad: los individuos eran bautizados, añadidos a la iglesia y, entonces, se reunían para oír la enseñanza de los apóstoles. A partir de ahí, los creyentes orientaban sus vidas alrededor de los otros miembros de la congregación: sus comidas, sus oraciones, sus horarios, sus decisiones financieras, sus decisiones acerca de sus propiedades y sus provisiones para las viudas. ¿Estaba este patrón relacionado exclusivamente con los primeros meses? La generosidad de la iglesia en Antioquía con la iglesia en Jerusalén sugiere lo contrario —al igual que otros episodios que no hemos mencionado— como la generosidad de Lidia con los misioneros itinerantes. En vez de eso, lo que observamos durante los primeros meses nos dio un cuadro detallado que ya no necesitaba mencionarse continuamente en los registros de los años siguientes. Sabed

que las cartas que recibíamos nos mostraban ejemplos de la misma vida en comunidad (por ejemplo: Ro 12:4-16; 1Co 5:11; Gá 2:11-12; 1Ti 5:9-10; Heb 10:34; 1P 4:8-11).

A los líderes cristianos se les hace responsables por sus ovejas en particular. Pedro les dice a los ancianos: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros” (1P 5:2). Pablo le dice lo mismo a los ancianos en Éfeso: “Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos” (Hch 20:28). Los ancianos saben de quiénes son responsables.

Los cristianos son responsables de someterse a sus líderes en particular. El autor de Hebreos escribe: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos” (Heb 13:17). Claramente, los creyentes deben saber quiénes son sus líderes. Pablo escribe: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor” (1Ti 5:17). Los cristianos saben a quién honrar.

Los cristianos expulsan de la comunión a los falsos creyentes. Pablo —en una carta— le dice a la iglesia en Corinto: “Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros” (1Co 5:13). Obviamente, no puedes *expulsar* a alguien de la iglesia al menos que esa persona *pertenezca* primero a la misma. En otro lugar, el apóstol Pablo nos manda que amonestemos a la persona divisiva dos veces y que si no cambia la “desechemos” (Tit 3:10). Y Juan nos habla acerca de los falsos profetas que: “Salieron de nosotros” porque “no todos son de nosotros” (1Jn 2:19).

LA IGLESIA ES SU MEMBRESÍA

Juntando todos los factores, hay una cosa que es obvia para nuestro comité de investigación en Jerusalén: ser cristiano significa pertenecer a una iglesia. Nadie recibe la salvación y luego se queda dando vueltas por ahí solito, pensando si va a unirse o no a una congregación. La gente se arrepiente y entonces son bautizados en la comunión de una iglesia. Considerar a Cristo como Señor significa unirse a la familia de Cristo. Es automático, igual que ser adoptado significa que rápidamente te vas a encontrar sentado a la mesa comiendo con tu familia.

El concepto de la membresía de la iglesia está presente en todo lo que leemos y en todo lo que oímos. Y no, ninguno de nuestros informes muestra a un profesor de escuela dominical de pie ante una clase, pidiendo a los asistentes buscar en la sección 2C de sus manuales la definición de la *membresía de la iglesia*. Pero todos —los de dentro y los de fuera— saben a quién se refieren cuando los cristianos hablan de “la iglesia” haciendo *esto o lo otro*: “Se congregaron allí [Bernabé y Saulo] todo un año con la iglesia”. “Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles”. “Habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos” (Hch 11:26; 12:1; 14:27). Ser miembro de la iglesia significa ser uno de los que constituyen la iglesia. De nuevo, ellos saben *quiénes* son.

De hecho, sencillamente no puedes hablar acerca de una iglesia local sin hablar de sus miembros. Sería como si trataras de hablar acerca de un *equipo*, una *familia*, una *nación* —y sí— hasta de un *club*, sin hablar de sus miembros. Porque todas estas cosas son eso; sus miembros.

DE VUELTA AL FUTURO

Parece que hemos encontrado lo que vinimos buscando. Aunque han pasado algunas décadas, está claro que las iglesias locales han existido desde el comienzo del cristianismo y que esas iglesias se constituyen —ni más ni menos— con sus miembros. Así que podemos afirmar categóricamente que ellos practicaban la *membresía eclesial*, aunque ninguno mencionara clases de estudio para ser miembros o un registro oficial de miembros.

Pero aún no han sido contestadas todas nuestras preguntas como, por ejemplo: ¿Qué es una iglesia local? Las últimas noticias que hemos recibido de Pablo en Roma son que estaba “predicando el reino de Dios” (Hch 28:31). Está claro que una iglesia local no es un club. La gente no confunde sus clubes con un reino. No se llaman a sí mismos “embajadores en cadenas” por pertenecer a una asociación benéfica. Y por supuesto, no ponen en riesgo su vida por un proveedor de servicios.

Entonces, exactamente, ¿qué es una iglesia local? Y no solo eso, ¿qué significa ser miembro de una iglesia? Vamos a subirnos de nuevo a nuestra máquina del tiempo y

volver al presente para responder a estas dos preguntas. Y no te preocupes, no vamos a volver a viajar en el tiempo.

En el camino de vuelta uno de nosotros saca una Biblia de bolsillo y la abre en el libro de Apocalipsis. Es una carta de Juan a siete iglesias diferentes en Asia Menor que están sufriendo tentación y persecución. Hacia el final del libro hallamos una descripción de la Bestia (que se parece muchísimo a una descripción del César y a su afirmación de tener el imperio y de ser divino).

¿Cómo anima Juan a las iglesias? Les muestra una descripción de Cristo sentado en su trono con seres celestiales echando sus coronas delante de él. El César es un impostor. El *imperio* de Jesucristo es absoluto. Esto es exactamente lo que las iglesias necesitan oír para poder sobrevivir como iglesias.

Jesús es el Señor.

¿QUÉ ES UNA IGLESIA? ¿QUÉ SIGNIFICA SER MIEMBRO DE UNA IGLESIA?

Ahora, en vez de dar un paseo por la Jerusalén del primer siglo, vamos a sentarnos en un bistró¹ italiano en Washington, D.C. Así tendremos un escenario bonito y, al mismo tiempo, diferente. Mi amigo Carlos y yo habíamos terminado de comer y estábamos hablando acerca de la membresía eclesial. En ese momento, Carlos me hizo una pregunta difícil: “¿Cuál es la diferencia entre dos cristianos que pertenecen a la misma iglesia y dos cristianos que pertenecen a iglesias diferentes?”.

Imagínate allí sentado —con unas flamantes manchas de tomate a la *marinera* en mi camiseta— mirando a mi amigo con la mente en blanco. No sabía qué responder.

Pero es una pregunta fenomenal para llegar al corazón de lo que es la iglesia local y su membresía. Piensa en ello de la siguiente manera: Carlos es miembro de mi iglesia. Mi buen amigo Miguel —que también es cristiano— es miembro de una iglesia en las afueras de la ciudad cerca del aeropuerto.

Por tanto, la pregunta es: ¿En qué se diferencia mi relación con Carlos de mi relación con Miguel? ¿Tengo diferentes obligaciones para con los dos amigos?

Seguramente nos dirías que nosotros tres pertenecemos al “cuerpo de Cristo”, a la “familia de Dios” y a la Iglesia universal (“Iglesia” con mayúscula). Además, los tres somos llamados a amarnos los unos a los otros, a orar los unos por los otros, a estimularnos los unos a los otros, a exhortar el pecado e, inclusive, apoyarnos económicamente los unos a los otros cuando la ocasión lo requiera.

Entonces, ¿cuál es la diferencia? ¿Qué debería de haber respondido a Carlos?

Si no hubiera *ninguna* diferencia, entonces tendríamos que decir que la iglesia local *no* existe.

Sería como decir que no hay diferencia alguna entre la relación con mi esposa y la relación con otras mujeres. Esto solo podría ser verdad si el pacto marital *no* existiera. Pero el matrimonio existe y, por tanto, hay una diferencia enorme en las relaciones. Asimismo, la iglesia local también existe y, en consecuencia, debería de haber alguna diferencia entre esas relaciones. Pero, ¿cuál es esa diferencia?

Aquí tienes una pista: existe la posibilidad de aplicar la disciplina eclesial a Carlos pero no a Miguel. El Señor Jesús me ha dado una autoridad judicial y oficial en la vida cristiana de Carlos que no me ha dado en la vida de Miguel. Para entender lo que significa esta autoridad judicial necesitamos preguntarnos qué son la iglesia local y sus

miembros. Este es el objetivo de los dos capítulos siguientes y son los dos capítulos más importantes del libro.

INSTITUCIONAL Y ORGÁNICA

Hay por lo menos dos maneras en las que podemos responder a la pregunta de qué es una iglesia local: podemos responder a la pregunta orgánica o institucionalmente. Podemos considerar la carne o los huesos. A la gente en la actualidad le encanta hablar orgánicamente. La carne es blanda, complaciente y hermosa. Pero la verdad es que ver la carne sin los huesos no es un espectáculo muy agradable, que digamos. En realidad necesitamos ambas.

Piensa de nuevo en la analogía del matrimonio para entender la diferencia. Si tuviésemos que hablar del matrimonio de forma orgánica, hablaríamos de todas las cosas maravillosas que una pareja casada suele hacer: vivir juntos, construir un hogar, tener intimidad marital, tener hijos, compartir confidencias, y un largo etc. Estas son las actividades maravillosas que asociamos con la relación matrimonial.

Por el contrario, hablar del matrimonio de forma institucional es hablar de cuestiones que nuestra cultura entiende cada vez menos y empieza a pasar por alto.

- “Nos hemos reunido hoy delante de Dios y en presencia de esta compañía para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio”.

- “Si alguien conoce algún motivo por el que estas dos personas no deban casarse...”.
- “Con este anillo, yo te desposo”.
- “Yo os declaro marido y mujer”.

Detrás de todas estas frases occidentales se encuentra el concepto de lo que la Biblia llama “una sola carne” y que nosotros llamaremos *pacto matrimonial*. Este pacto es el esqueleto. Es la estructura de normas que permite una base para la relación; estructura que separa la relación de un hombre con su mujer de la relación con todas las demás mujeres, y viceversa. Es el buen pozo que provee de agua fresca para la vida marital. Estropea el pozo y rápidamente perderás las corrientes de agua (ver Pro 5:15-16).

Al mundo actual le gustan las actividades, pero no la institución; motivo por el cual cada vez más parejas viven juntas sin casarse. Quieren el agua, pero no quieren el pozo. Sin lugar a duda, las cosas se están poniendo cada vez más feas.

Por otra parte, mucha gente escoge la actividad pero no la institución porque han visto que sus padres —o abuelos— siguen atados y son infelices. Se les explicó que: “Así son las cosas”. No vieron que su padre se dedicara tiernamente a su madre, ni que su madre apreciara a su padre. Solo vieron ojos mirando al vacío y labios que intercambiaban información con apatía. Esta gente solo vio señales de vida —vida vibrante— durante los ruidosos

partidos de fútbol. ¡Cuán trágico e irónico! Esta tampoco es la clase de vida que nosotros queremos. Tanto las normas como las actividades han sido ordenadas por Dios: huesos y carne. Lo mismo se aplica a la iglesia local.

JESÚS Y EL REINO

Vamos a empezar con la descripción institucional; los huesos y el pozo de agua. Esto es lo que la gente de hoy se pierde —o evita— más a menudo. La unión de relaciones que convierten —al instante— a un grupo de cristianos ordinarios en una iglesia local, no es una unión “hasta que la muerte os separe”. Pero es *algo*; como demuestra la posibilidad de aplicar la disciplina eclesial.

En el capítulo 1 llamamos a la iglesia local *puesto fronterizo o embajada*. Voy a ser más específico. Aquí tienes mi definición institucional de la iglesia local en una sola frase: “La iglesia local es un grupo de cristianos que se reúne regularmente en el nombre de Jesús para confirmar y supervisar oficialmente la membresía mutua en Jesucristo y en su Reino a través de la predicación del evangelio y la práctica de los sacramentos”. Reconozco que esta definición es un poco tosca, pero cada palabra está llena de significado.

Antes de analizarlas, me gustaría que vieras de dónde las he sacado. Seguramente, te habrás dado cuenta de que en el capítulo 2 —cuando buscábamos principios neotestamentarios para la membresía— dejamos fuera a

Jesús y a los Evangelios. ¿Por qué? En parte, porque Jesús habló mucho más acerca del Reino de lo que habló acerca de la Iglesia. Por otro lado, las epístolas tienen el enfoque opuesto. Mira esto:

- Jesús menciona la palabra *iglesia* dos veces en los Evangelios, y cuarenta y nueve veces la palabra *reino* solo en el Evangelio según Mateo.
- Las cartas de Pablo mencionan la palabra *iglesia* cuarenta y tres veces, y la palabra *reino* catorce veces.

Jesús habló del Reino. Pablo habló de la Iglesia. ¿Y eso por qué? Mi respuesta te va a sorprender, pero es el enfoque de Jesús en el Reino lo que establece la Iglesia como una institución. Pablo escribe más en términos de iglesia orgánica, lo cual consideraremos en el capítulo siguiente. ¿Qué tiene que ver el Reino de Cristo con la Iglesia?

ÉRASE UNA VEZ, UN REINO...

Para responder a esta pregunta vamos a narrar un cuento. Érase una vez un reino llamado Israel. Como todos los reinos, Israel tenía un rey, un territorio y un conjunto de leyes. Los ciudadanos de este reino tenían una tarea —diferente a la de los otros reinos— especialmente importante que hacer:

Israel debía representar a Dios en la tierra.

Fue como si Dios hubiese enviado un comunicado de prensa a todas las naciones de la tierra, explicando que Israel era *suya*, y que las naciones debían mirarla a ella si querían saber cómo era él. ¿Era Dios misericordioso o inmisericorde? ¿Justo o injusto? El comunicado de prensa decía: “Si quieres averiguarlo observa a esta nación”. Él les había dado un conjunto detallado de leyes para que supieran exactamente lo que tenían que hacer.

Lamentablemente, Israel falló de manera estrepitosa en su tarea. Se comportaron como adolescentes inseguros a quienes les importaba excesivamente las opiniones de sus camaradas. Imitaron a las naciones en lugar de imitar a Dios. Tal vez pensaron que eran demasiado *sofisticados* para cumplir la ley de Dios. Esto suscitó que las naciones pensaran que Dios no era nada especial en realidad. De hecho, seguro que él se parecía mucho a ellos mismos.

Entonces, un día apareció un hombre llamado Jesús quien dijo —por lo menos— cuatro cosas que tambalearon el reino.

1. Dios iba a desechar a Israel. Ellos estaban perdiendo el derecho de representarlo (Mt 3:9-12; 8:11-12).
2. Jesús sería ahora quien representaría al Padre celestial (Mt 3:17; 11:27; Jn 14:9). En realidad, él era Dios y la imagen perfecta del Dios invisible (Col 1:15).
3. Dios estaba estableciendo un Reino, no geográfico —como Israel que era un lugar— sino como su

autoridad sobre un grupo particular de personas. Este Reino era para personas que se arrepentían, que eran pobres en espíritu y humildes como niños (Mt 4:17; 5:3; 18:3).

4. Los ciudadanos de este Reino —que él compraría a través de su muerte en la cruz— se unirían a él en la tarea de representar a Dios en la tierra (Mt 5:48; Ro 8:29; 1Co 15:49; 2Co 3:18; Col 3:9-10).

Pero claro, un Reino como este —sin territorio o fronteras geográficas— tenía un importante dilema político: cualquiera podía afirmar que era ciudadano del Reino. Y Jesús predijo que toda clase de impostores lo harían (Mt 7:21-23; ver 24:5; 25:44-45).

Esto, a su vez, causó un quebradero de cabeza a las relaciones públicas: tales impostores desprestigiarían el nombre del Rey. Recuerda que este Reino era —en teoría— para personas que se arrepentían, que eran pobres en espíritu y humildes como niños. Iba a ser un nuevo tipo de sociedad. Pero si —literalmente— *todo el mundo* empezaba a afirmar —por su propia cuenta— que eran ciudadanos, iba a ser un lío increíble. ¡Olvídate de ninguna *nueva sociedad*!

Los ciudadanos de la administración anterior estaban identificados por el hecho de vivir en una zona en particular y cuando dejaron su tierra aún tenían ciertas cosas que los caracterizaban; como la circuncisión, el día

de reposo y varias restricciones alimenticias. Pero ahora, ¿identificaría a sus ciudadanos un Reino como el de Jesús sin territorio ni fronteras?

UNA PAUSA DESDE EL GABINETE DE PRENSA DE LA CASA BLANCA

Vamos a tomarnos un pequeño descanso antes de continuar con el relato del Reino de Jesús. Piensa en lo que está en juego en el debate global de la membresía de la iglesia. Estamos hablando de representar a Dios mismo en el planeta tierra. Esa era la tarea de Israel, ¿verdad? Pero date un paseo por el recinto de cualquier facultad de la actualidad y escucharás la misma respuesta: “Nadie puede afirmar que representa a Dios”. Pues eso es exactamente de lo que estamos hablando.

¿Te das cuenta de lo importante que es este asunto? Si no es así, entonces, permíteme intentarlo con otro ejemplo. Imagínate que dejamos atrás el bistró italiano y nos dirigimos hacia la Casa Blanca. Una vez allí, entramos directamente en el gabinete de prensa. Una vez conocí a alguien —que conocía a alguien— que me llevó al gabinete de prensa. Esa persona me fotografió de pie en el estrado del gabinete (se me veía completamente fuera de lugar).

Seguro que sabes de qué estrado estoy hablando, aparece a menudo en las noticias. Está adornado con el sello presidencial. Detrás se encuentra la cortina azul y la bandera estadounidense, incluyendo el medallón ovalado

que está colgado y tiene grabado: *La Casa Blanca*. Es posible que sea el estrado más poderoso del mundo.

Desde él se han anunciado guerras. Se han movido mercados. Se han marginado economías enteras. Se han explicado amenazas internacionales. Millones —aun miles de millones— de vidas han sido influenciadas.

Pues bien, aquí va una pregunta para ti: ¿Has hablado alguna vez en representación de los EE.UU. desde ese estrado? ¿Has fijado alguna vez la mirada en las luces de las cámaras del equipo de prensa de La Casa Blanca y has representado oficialmente las ideas del presidente?

Supongo que la respuesta es *no*. El presidente debe autorizarte oficialmente para poder representar sus decisiones. Ni siquiera sus más íntimos amigos o los miembros de su familia hablan en el nombre del presidente y se jactan de poder hacerlo. El riesgo es demasiado alto para cualquiera que se atreva a ello.

Pues bien, aquí va otra pregunta: ¿Has hablado alguna vez en representación de Jesús y de su Reino? ¿Te ha autorizado alguien para representar las decisiones del Rey?

Representar a Jesús también es una labor trascendental. De hecho, Jesús —como vimos en el capítulo 1— tiene más poder y autoridad que el presidente. Sus palabras nunca fallan. Sus decisiones tendrán un impacto en toda la eternidad. Jesús —dijimos— tiene el *imperio*.

Tengo la impresión de que la mayoría de los cristianos no se han parado nunca a pensar si es legítimo o no

que ellos afirmen hablar por Jesús. Desde la Caída de la raza humana, los seres humanos nos hemos creído con el derecho de hacer lo que nos apetece y hemos llevado ese sentimiento de autonomía al mismo corazón de nuestro cristianismo.

La verdad es que los seres humanos no tienen el derecho de hacer *nada* fuera de la autorización expresa de Dios. Sucede lo mismo con el Reino de Jesús; solo podemos actuar con legitimidad donde él nos ha dado permiso para hacerlo. Un ser humano por sí mismo no puede decidir de repente que pertenece al Reino de Jesús y que, por tanto, tiene el derecho de representar oficialmente a Jesús ante el planeta tierra. A ti no se te ocurriría asegurar que representas al presidente. ¿Por qué lo ibas a hacer tratándose del Rey de todos los presidentes?

Bien, pues esa era la ilustración que quería utilizar.

¿Cuál es la moraleja? Que es igual de presuntuoso afirmar que tienes la autoridad de representar al Rey Jesús —el Hijo divino—, que afirmar que tienes la autoridad de representar al presidente de los EE.UU., de hecho, lo primero es más grave. Alguien tiene que autorizarte.

EL CUENTO CONTINÚA: LAS LLAVES DEL REINO

Volvemos ahora a nuestro cuento del Reino de Jesús sin territorio o fronteras geográficas. ¿Quién tiene la autoridad para declarar públicamente quién es ciudadano y quién no lo es? Para empezar, Pedro y los apóstoles.

Llegó un día en el que Jesús advirtió a los apóstoles que no confiaran en las enseñanzas de los líderes de Israel (Mt 16:1-12). El tiempo de su oficio había caducado y abandonarían el Capitolio² en breve, llevándose en cajas el contenido de sus escritorios. Jesús les preguntó entonces quién decían que era él. Pedro —probablemente en nombre de todos los apóstoles— respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Jesús confirmó la respuesta de Pedro diciéndole que se lo había revelado su “Padre que está en los cielos”. Y a continuación dijo:

Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos. (Mt 16:18-19)

Esta es la primera de las dos veces que Jesús utiliza la palabra *iglesia*. Aquí está hablando acerca de la Iglesia universal: la asamblea de todos los cristianos de todos los tiempos que se reunirán al final de la historia. Jesús es quien construirá esa asamblea de los tiempos finales.

¿Cómo lo hará? La construirá “sobre esta roca”.

¿Qué roca es esa? Los teólogos han debatido por largo tiempo si la roca es Pedro o es la confesión de Pedro. De hecho, creo que debemos aceptar ambas interpretaciones.

El teólogo Edmund Clowney dice que: “La confesión no puede separarse de Pedro, ni Pedro puede separarse de su confesión”.³ Jesús no construirá su Iglesia sobre palabras ni sobre personas, sino sobre personas que creen en el evangelio verdadero (por ejemplo: que el “Verbo fue hecho carne”). Jesús construirá su Iglesia sobre personas que *confiesan* [con su boca].

Así que Jesús dio a Pedro y a los apóstoles las llaves del Reino, las cuales dieron a Pedro la autoridad de hacer lo que Jesús acababa de hacer con él: actuar como representante oficial de Dios en la tierra para confirmar confesiones y confesantes verdaderos del evangelio.

Es un tema fascinante descubrir la interacción en este pasaje entre el cielo y la tierra. Pedro declaró correctamente quién era Jesús y Jesús contestó a Pedro que su respuesta venía de su Padre en los *cielos*. A pesar de que Jesús estaba en la *tierra* hablaba en representación del *cielo*. Entonces —al instante siguiente— autorizó a Pedro para hacer lo mismo: ¡Representar lo que era atado y desatado en los *cielos*, atándolo y desatándolo en la *tierra*!

Algunos eruditos bíblicos hablan acerca de *atar* y *desatar* como una actividad judicial o rabínica. Por ejemplo, el rabino decidía cuándo aplicar la ley a una persona en particular y bajo qué circunstancias. Básicamente, Jesús otorgó a los apóstoles esta clase de autoridad: la autoridad de colocarse frente a un confesante, considerar su confesión, considerar su vida y emitir un juicio oficial en

nombre del cielo. ¿Es esta confesión verdadera? ¿Es este confesante sincero? Dicho en otras palabras:

Los apóstoles tenían la autoridad celestial para declarar quién en la tierra era un ciudadano del Reino y, por tanto, representaba al cielo.

Con esto no quiero decir que Jesús estableciera un *programa* de membresía eclesial en Mateo 16, pero sin duda alguna estableció la Iglesia —la cual es sus miembros— y le otorgó la autoridad de las llaves para que continuara construyéndose a sí misma: para que utilizara de forma eficaz la autoridad de recibir y de expulsar miembros. La autoridad de las llaves es la autoridad de evaluar la confesión de fe y los actos de una persona para emitir un veredicto.

Dos capítulos más tarde, cuando Jesús utiliza la palabra *iglesia* —por segunda y última vez— vemos esas llaves en acción:

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la

tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. (Mt 18:15-20)

El pasaje empieza con el ejemplo de un hermano que ha pecado y su pecado no concuerda con su confesión de fe. Jesús, entonces, recomienda cuatro etapas de confrontación. En la primera etapa la confrontación se mantiene en privado. Si el pecador se arrepiente, su confesión de fe recobra su credibilidad y la confrontación cesa. Su vida vuelve a concordar con su confesión. Vuelve a representar a Jesús correctamente.

En la segunda etapa la confrontación se abre para incluir a dos o tres testigos, como cuando se administraba justicia en el Antiguo Testamento.

En la tercera etapa se involucra a toda la iglesia o asamblea. Si el pecador sigue sin arrepentirse se llega a la cuarta etapa, la cual significa expulsar a la persona de la comunidad del pacto: tratarlo como un no creyente. Esto se suele llamar *disciplina eclesial* o *excomuni3n*.

Aquí Jesús vuelve a mencionar las llaves del Reino de nuevo: Todo lo que la iglesia ate en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que la iglesia desate en la tierra, será desatado en el cielo. Jesús no se está dirigiendo aquí a

los apóstoles o a la Iglesia universal; está pensando en la iglesia local. Según parece, se le ha concedido las llaves apostólicas del Reino a la iglesia local. En consecuencia:

La iglesia local tiene la autoridad celestial para declarar quién en la tierra es un ciudadano del Reino y, por tanto, representa al cielo.

Jesús ha autorizado a la iglesia local para colocarse frente a un confesante, considerar su confesión, considerar su vida y emitir un juicio oficial en nombre del cielo. ¿Es esta confesión verdadera? ¿Es este confesante sincero? Es lo mismo que Jesús hizo con Pedro. Es lo mismo que la iglesia local hace cuando utiliza los sacramentos establecidos en Mateo capítulos 26 y 28: La Cena del Señor y el bautismo.

Mateo 18 —el cual está lleno de mucho más lenguaje del cielo y de la tierra que Mateo 16— presenta una ilustración clarísima de esta autoridad en el contexto de la disciplina de la iglesia. Pero la capacidad de expulsar a alguien de la membresía presupone una autoridad global para evaluar la confesión de fe y los actos de una persona, y para emitir un veredicto. Esta autoridad empieza en el momento que la persona aparece en el edificio de la iglesia afirmando —como hizo Pedro— que Jesús es el Cristo.

En el capítulo 1 dijimos que la autoridad dada al Estado se ve claramente en su capacidad de terminar con la vida

de una persona. Del mismo modo, la autoridad dada a la iglesia en el Reino de Cristo se ve claramente en su capacidad de expulsar a una persona de su ciudadanía en ese Reino. En ambos casos, el alcance máximo de la autoridad institucional se muestra en el poder de terminar tajantemente con la membresía de una persona (a través de la muerte en un caso y a través de la excomunión en el otro).

Esta autoridad es la misma que es ejercida cuando “están dos o tres congregados” en el nombre de Jesús (Mt 18:20) y se bautiza a una persona “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt 28:19), reconociendo a la persona como un discípulo oficial e identificado. Por tanto:

Cuando se trata de un discipulado cristiano con Cristo, la iglesia local es la autoridad cristiana más alta en la tierra.

Y no, no es una autoridad absoluta, de la misma manera que el Estado tampoco lo es. Pero Cristo quiso que los cristianos se sometieran a la supervisión de las iglesias locales en virtud de la entrada como ciudadanos en su Reino.

¿Ejercerá la iglesia local las llaves perfectamente? No. Cometerá errores igual que cualquier otra autoridad establecida por Jesús comete errores. Como tal, la iglesia local es una representación imperfecta de la asamblea

de Cristo del final de los tiempos. Pero el hecho de que cometa errores —igual que los presidentes y los padres hacen— no significa que no tenga un mandato revestido de autoridad.

¿Quiere decir todo esto que lo que hace una iglesia local en la tierra realmente cambia la posición de una persona en el cielo? No, la labor de la iglesia es igual que la de un embajador o la de una embajada. Recuerda lo que dije acerca de visitar la Embajada de los Estados Unidos en Bruselas cuando caducó mi pasaporte. La embajada no me hizo ciudadano, pero lo confirmó de una manera que yo solo no podría haber hecho. Lo mismo ocurre con la iglesia local.

¿QUÉ ES UNA IGLESIA LOCAL?

Volvamos a mi definición institucional de una iglesia local en una sola frase. Dije que una iglesia local es un grupo de cristianos que se reúne regularmente en el nombre de Jesús para confirmar y supervisar oficialmente la membresía mutua en Jesucristo y en su Reino, a través de la predicación del evangelio y la práctica de los sacramentos. Fíjate en las cinco partes de esta definición:

- Un grupo de cristianos.
- Una reunión regular.
- La responsabilidad mutua de toda la congregación de confirmarse y supervisarse.

- El propósito de representar oficialmente a Cristo y su gobierno en la tierra (se reúnen en su nombre).
- La práctica de la predicación y de los sacramentos para lograr estos propósitos.

Al igual que la declaración de un pastor transforma a un hombre y a una mujer en una pareja casada, así los cuatro puntos últimos de la definición transforman a un grupo de cristianos ordinarios que pasan juntos un tiempo en el parque —al instante— en una iglesia local.

Que los cristianos se reúnan es importante por varias razones. Una de ellas es que es donde —nosotros los creyentes— declaramos *públicamente* nuestra más alta lealtad. Es el puesto fronterizo o embajada que orienta públicamente a las generaciones más jóvenes. También es donde nos arrodillamos ante nuestro Rey; solo que lo llamamos adoración. Los faraones de este mundo se van a oponer, pero Dios saca a su pueblo de las naciones para que lo adoren. Él juntará a su inmensa congregación.

También, cuando nos reunimos, nuestro Rey promulga su autoridad a través de la predicación, los sacramentos y la disciplina. La predicación del evangelio explica las leyes de nuestra nación, declara el nombre de nuestro Rey y explica el sacrificio que hizo para llegar a ser nuestro Rey. Nos enseña acerca de sus caminos y nos confronta con nuestra desobediencia. También nos confirma que su regreso es inminente.

A través del bautismo y de la Santa Cena la iglesia ondea la bandera y se engalana con el uniforme militar de nuestra nación. Nos hace destacar. Cuando nos bautizamos nos identificamos con el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; al mismo tiempo que identificamos nuestra unión con la muerte y resurrección de Cristo (Mt 28:19; Ro 6:3-5). Cuando participamos de la Cena del Señor anunciamos su muerte y nuestra membresía en su cuerpo (1Co 11:26-29; *ver* Mt 26:26-29). Dios quiere que su pueblo sea reconocible y apartado. Quiere una línea divisoria entre la Iglesia y el mundo.

¿Qué es la iglesia local? Es la institución que Jesús ha creado y autorizado para proclamar el evangelio del Reino, confirmar las confesiones de fe, supervisar a sus discípulos y poner al descubierto a los impostores. Tal y como dije en el capítulo 1, no nos *unimos* a la iglesia como hacemos con un club. Nos sometemos a ella como nos sometemos al Gobierno.

Y esto nos lleva a la membresía eclesial.

¿QUÉ ES LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA?

¿Qué es la membresía de la iglesia? Es una declaración de ciudadanía en el Reino de Cristo. Es un pasaporte. Es una declaración hecha en el gabinete de prensa del Reino de Dios. Es la declaración de que eres un representante de Jesús oficial, reconocido, identificado y con buenas intenciones.

Voy a ofrecer otra definición tosca y decir que *la membresía de la iglesia es una relación formal entre la iglesia y el cristiano, caracterizada por la confirmación y la supervisión eclesial del discipulado del cristiano, y la sumisión del cristiano para vivir su discipulado bajo el cuidado de la iglesia.*

Fíjate de nuevo en los diferentes elementos presentes:

- La iglesia como cuerpo confirma oficialmente la profesión de fe y el bautismo de la persona como creíble.
- La iglesia promete supervisar el discipulado de esa persona.
- La persona se somete formalmente al servicio y autoridad de este cuerpo y de sus líderes.

La iglesia como cuerpo dice a la persona: “Reconocemos que tu profesión de fe, tu bautismo y tu discipulado son válidos. Debido a ello, *confirmamos* públicamente y reconocemos que perteneces a Cristo y a la *supervisión* de nuestra comunidad”. Y principalmente, la persona dice a la iglesia como cuerpo: “En la medida que sigáis siendo una iglesia que declara el evangelio, *someto* mi asistencia y mi discipulado a vuestro amor y supervisión”.

En un sentido, todo esto es como el *sí quiero* de una boda, motivo por el cual algunos se refieren a ello como un *pacto* con la iglesia local.

En otras palabras, todo el asunto de la membresía de la iglesia trata acerca de la iglesia local asumiendo

responsabilidades específicas por tu vida; y de ti asumiéndolas por tu iglesia. Por supuesto, los ancianos y los líderes de la congregación tienen un papel importante y de mucha responsabilidad en cuanto a la supervisión en la iglesia. Volveremos a este tema un poco más tarde.

Piensa ahora en cómo esta definición ayuda a explicar la diferencia entre mi relación con Carlos —que pertenece a mi iglesia—, y mi relación con Miguel —que pertenece a otra iglesia—: Carlos y yo recibimos confirmación y supervisión de una embajada, mientras que Miguel las recibe de otra embajada diferente. Dos de nosotros obtenemos nuestros pasaportes autorizados en la Embajada de Estados Unidos en Bruselas, mientras que el otro lo obtiene en la Embajada de Estados Unidos en París.

Es cierto que el cristiano debe escoger unirse a una iglesia, pero eso no la convierte en una organización benéfica. De hecho, escoger a Cristo significa escoger a una iglesia local. Habiendo escogido a Cristo, el cristiano no tiene otra opción que escoger unirse a una iglesia local.

¿A QUÉ SE PARECEN UNA IGLESIA Y SUS MIEMBROS?

¿Sabes lo que es una metáfora mixta? Es cuando tenemos dos imágenes diferentes que si se utilizan juntas no concuerdan con un concepto específico. Seguramente te acordarás de la novela de *Pinocho* donde Pepito Grillo dice: “Tú has embadurnado de mantequilla tu pan, ¡ahora duerme en él!”; o la frase de otra película: “Parece que las vacas regresan al gallinero para posarse en los palos”.

Yo mismo suelo utilizar a menudo la frase de Biff Tannen —el matón un poco tonto de las películas *Regreso al futuro*—: “¿Por qué no hacemos como los árboles y nos marchamos de aquí?”.

También encontramos cosas como la descripción de la Gran Depresión de 1929¹ por el humorista Dave Barry: “La economía aparentemente próspera de la nación ha demostrado ser un simple tigre de papel con los pies de barro viviendo en una casita de naipes de paja y que había gritado: ¡lobo! demasiadas veces”.

No solo los escritores de comedia mezclan metáforas; los poetas también lo hacen, aunque sus mezclas son más

sutiles. T.S. Elliot comienza uno de sus poemas [La tierra baldía] con una frase acerca de la “olvidadiza nieve”, y William Butler Yeats escribe acerca de alguien que “pisa sobre sus sueños” [Él desea las telas del cielo]. Estrictamente hablando, la nieve no puede olvidar y no se puede caminar encima de los sueños. Pero estas dos metáforas sorprendentes nos permiten ver cosas reales que no veríamos normalmente con un lenguaje más literal.

Es posible que hayas notado que los autores del Nuevo Testamento mezclan a menudo sus metáforas y lo hacen deliberadamente (como los poetas). Recuerda que Pablo le dijo a los efesios que oraba “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento” (Ef 1:18). El entendimiento no tiene ojos, pero si mezclamos los dos conceptos nos ayuda a ver algo más intenso y profundo.

FOTOS DE UN ESCAPARATE DE CUENCOS CON FRUTAS

Cuando los autores del Nuevo Testamento empiezan a hablar acerca de la iglesia y de sus miembros llevan las metáforas al límite, como cuando apretamos el botón del turbo en un automóvil de competición. Pablo habla de ser “todos bautizados en un cuerpo” (como si uno pudiera sumergirse en el torso de alguien). Pedro se refiere a los cristianos como “piedras vivas” —una metáfora mixta en sí misma— y entonces les dice a las piedras vivas: “sed

edificados como casa espiritual y sacerdocio santo” (1P 2:5). Si yo hubiera escrito una frase como esa en mi clase de lengua en la escuela, mi profesor hubiera agarrado su rotulador rojo y me habría puesto un cero bien grande. No sé si hubiera hecho algo más con su rotulador rojo, pero el cero no me lo habría quitado nadie.

Cuando abres la Biblia y lees lo que Dios dice acerca de la Iglesia encuentras que estás observando una gran metáfora mixta. Leemos que la Iglesia es como un cuerpo, un rebaño de ovejas, los pámpanos de la vid, una esposa, un templo, el edificio de Dios, un pueblo, unos extranjeros y peregrinos, una nación santa, un real sacerdocio, la sal de la tierra, el Israel de Dios, la Iglesia elegida, etc. Las imágenes siguen y siguen, una tras otra. Es como ojear un álbum de fotografías. O como mirar un escaparate. O como mirar el contenido de un cuenco con frutas. Supongo que es como mirar un álbum de fotografías lleno de escaparates de cuencos con frutas.

En el último capítulo consideramos la iglesia local institucional: “La asamblea de creyentes que Cristo instituyó con el propósito específico de ejercer las llaves del Reino y hacer discípulos a través de la predicación y la práctica de los sacramentos”. Eso es la iglesia local. Es el cuerpo portador de las llaves establecido por Jesús para el beneficio de todos los que él ha comprado con su sangre.

Pero si dejáramos aquí nuestra descripción sería como decir que el matrimonio *es* el pacto marital sin añadir

todas las actividades que hacen posible que el pacto marital sea tan especial y maravilloso como, por ejemplo: construir una amistad basada en la confianza y la intimidad física. Dijimos que la definición institucional necesita ser complementada con la definición orgánica. Piensa que las normas de una institución no solo restringen, sino que también comisionan. Te invisten de autoridad. Construyen una base para la acción. Las llaves del Reino y la Gran Comisión en Mateo 28 permiten a los discípulos apropiarse de las maravillas del nuevo pacto y ponerlas en práctica en la tierra. Y aquí es donde se materializan todas las metáforas bíblicas de la Iglesia: cuerpo, esposa, templo, familia, etc. Expresamos nuestra pertenencia al cuerpo, a la esposa, al templo y a la familia *a través* de las estructuras de la actividad judicial de la iglesia; preparadas para rendir cuentas, confirmar miembros, supervisar y disciplinar. Podríamos decir que el lenguaje institucional del Reino y sus llaves son como el cuenco que contiene toda la fruta o el álbum que muestra las fotos.

Si de algo estamos seguros es de que el Reino de Jesús no es metafórico (al menos no en el mismo sentido que las otras metáforas acerca de la Iglesia). El Reino de Jesús es *realmente* un Reino. Él gobierna realmente a su pueblo. Pero la Iglesia *no es realmente* un cuerpo humano, ni una novia preparada para casarse, ni un templo hecho de ladrillos, ni una familia de personas relacionadas biológicamente, etc. Son metáforas. Por eso empezamos con

el concepto del Reino de Dios (para ayudarnos a describir lo que *son* la iglesia y sus miembros). Pero ahora debemos volver a mencionar a la iglesia orgánica, o a qué se *parecen* una iglesia y sus miembros. Estos miembros son como un cuerpo, como una novia preparada, como un templo, como una familia, como un real sacerdocio, etc.

Por eso no es suficiente con simplemente decir que la Iglesia es una embajada de ciudadanos reconocidos. Cuando fui a la Embajada de Estados Unidos en Bruselas nadie se refirió a mí como *hermano*, como sí hacen en la iglesia. ¿Por qué me llaman *hermano* en la iglesia? Porque pertenecer a una iglesia es pertenecer a una familia variada.

La Iglesia no se parece a nada de lo que hay en la tierra, pero al mismo tiempo se parece a una familia, se parece a un cuerpo, se parece a un rebaño... ya me entiendes. Es un cuadro difícil de *pintar*, aun para los mejores artistas.

LA IMPORTANCIA DE LAS METÁFORAS BÍBLICAS PARA LA IGLESIA

Permíteme decir varias cosas más acerca de estas metáforas y por qué son tan importantes para entender la membresía de la iglesia.

1. Cada una de ellas posee una característica que describe algo acerca de nuestra unión con la iglesia. Cada metáfora nos enseña algo diferente acerca de a qué se parecen una iglesia y sus miembros. Si hablamos de la iglesia como una “familia” estamos hablando acerca de

la *intimidad* de sus relaciones y de su identidad *compartida*. Si la llamamos un “cuerpo” estamos diciendo que sus miembros son mutuamente *dependientes* pero tienen *diferentes* funciones. Si nos referimos a ella como el “templo del Espíritu” estamos afirmando que Dios se *identifica* particularmente con esas personas y que *mora* en ellas. El lenguaje de la “vid y los pámpanos” comunica la *dependencia* de la Iglesia *de Jesús y de su Palabra* para la vida diaria. ¿Ves por qué son tan importantes las metáforas bíblicas?

Piensa en ello en términos de unidad. La unión de una pareja casada tiene un propósito diferente al de la unión de dos ladrillos en un edificio. Son diferentes tipos de uniones. Entonces, ¿a qué se parecen nuestras uniones dentro de la iglesia? ¿Son como una unión marital? ¿Una unión de ladrillos? ¿A qué se parecen? Pues bien, necesitamos tomar prestadas palabras y conceptos de todas estas imágenes para llegar a definir las relaciones dentro de la iglesia local. ¿No te parece asombroso? Así que cuando la gente me dice: “¿Acaso está la palabra *membresía eclesial* en la Biblia?”, me siento tentado a responder: “No, no está en la Biblia, al menos no de la manera que tú piensas”. La Biblia tiene una visión mucho más rica y mucho más compleja de cómo los cristianos deberían expresar su unión con las iglesias locales. Hemos estado buscando manzanas cuando en realidad deberíamos buscar cuencos repletos de fruta. No hay nada igual que la Iglesia en toda la tierra.

2. Necesitamos todas estas imágenes para poder describir a la iglesia y a sus miembros. Si cada una de estas imágenes posee una característica, entonces las necesitamos a todas ellas. No puedes escoger solamente tu fruta favorita del cuenco de las frutas y dejar el resto: “Tomaré las manzanas y dejaré las naranjas, gracias”. ¡No, debes agarrar el cuenco entero!

Dicho de otra manera, deberías pensártelo dos veces antes de decidir qué metáfora es más importante para la iglesia. Algunos cristianos en la historia de la Iglesia han escogido decir que la Iglesia es más como el *cuerpo de Cristo* o más como el *pueblo de Dios*. Pero eso es como decir que soy más un marido que un padre, o más un padre que un marido. Es posible que mi mujer y mis hijos prefieran más a uno que al otro. Pero soy ambos irremediabilmente. Necesitas las categorías de *padre* y *marido* —y unas cuantas más— para describir quién soy realmente.

Las iglesias que no son sanas —incluyendo denominaciones— suelen ser el resultado de que sus líderes hayan escogido del cuenco sus metáforas favoritas y hayan dejado las otras: se convierten en todo intimidad (una familia) o todo jerarquía (un cuerpo).

3. Todas y cada una de estas metáforas se ponen en práctica localmente. Cada metáfora bíblica de la Iglesia se encarna —se aplica en el cuerpo— en la iglesia local. La *familia*, el *cuerpo*, el *templo*, el *pueblo*. Todas estas descripciones de la Iglesia de Cristo no se quedan en el mundo de

las ideas, sino que se aplican concretamente en lugares reales. Se ponen en práctica localmente.

¿Pero no pertenecen a la *familia de Dios* todos los cristianos de cualquier lugar? ¡Desde luego! Pero Dios te da la oportunidad de comportarte como un familiar de la iglesia local; los tienes que tratar —por encima de todo— como tus hermanos y hermanas. ¿No abarca el *cuerpo de Cristo* a todos los cristianos a lo ancho del mundo? ¡Claro que sí! Pero tú vives como parte del cuerpo de Cristo en tu iglesia local. Uno es la boca, otro es el codo, otro es el esófago, etc.

Eso significa que los necesitas a todos ellos para poder describir a cada iglesia verdadera que has llegado a conocer. Ahí mismo, en la Primera Iglesia Bautista, o en la Segunda Iglesia Presbiteriana, o en la Iglesia Luterana de San Marcos, o en la Iglesia de la Comunidad de la Gracia, o en la Iglesia del Camino, tienes al pueblo de Dios. Tienes al templo del Espíritu. Tienes al cuerpo de Cristo. No tienes un brazo suelto o un tobillo del cuerpo de Cristo.

La descripción de Pablo del cuerpo de Cristo en 1 Corintios 12 provee una gran ilustración de esto. Cuando Pablo habla del cuerpo y de sus miembros en este pasaje, ¿se refiere a la iglesia local en Corinto o al cuerpo universal de Cristo? Mira esta frase: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular” (1Co 12:27). Esto suena a iglesia local, pero anteriormente —en el mismo capítulo— se ha incluido a sí mismo: “Porque por

un solo Espíritu fuimos *todos* bautizados en un cuerpo” (12:13). El apóstol no estaba en Corinto. Entonces, ¿está hablando acerca de la Iglesia universal?

El asunto no es tan difícil cuando recordamos que la Iglesia universal está presente en la iglesia local. La iglesia local es un puesto fronterizo de la Iglesia universal futura. Esto significa que Pablo se inclina algunas veces en una dirección y otras veces en la otra. Cuando escribe: “los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios” (12:22), aseguraría que está inclinándose a recalcar la iglesia local. Aun así, cuando escribe: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (12:13), aseguraría que está inclinándose a recalcar la Iglesia universal. En resumen, 1 Corintios 12 es una descripción maravillosa de cómo una iglesia local debe empezar a encarnar en la actualidad cómo será la asamblea de Cristo del final de los tiempos.

Exponiéndolo de otro modo, tu membresía ahora en la iglesia local es una representación de tu membresía en su cuerpo del final de los tiempos. Aunque a ti te parezca bien que todo el concepto de *iglesia* exista solo en el mundo de las ideas, a Jesús no le parece bien en absoluto. Él quiso que su Iglesia y tu membresía eclesial se mostraran en tu vida diaria. Por tanto, no puedes cumplir tus obligaciones con otros cristianos y con los líderes de la iglesia sin la iglesia local; al menos no de la manera que las Escrituras te exigen cumplirlas. Tampoco otros cristianos y

líderes de la iglesia pueden cumplir con sus obligaciones para contigo sin la iglesia local. Necesitas *un* cuerpo de Cristo para ser *el* cuerpo de Cristo. Necesitas a *una* familia de Dios para ser *la* familia de Dios.

- ¿Cómo puedes cumplir el mandamiento de Jesús de “que os améis unos a otros”? (Jn 13:34).
- ¿Cómo puedes cumplir el mandamiento de Pablo de “Sobrellevad los unos las cargas de los otros”? (Gá 6:2).
- ¿Cómo puedes obedecer las palabras de Pedro: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros”? (1P 4:10).

Solo puedes cumplir con todos estos mandamientos a través de la membresía en la iglesia local.

Aquí tienes otra forma de considerar lo que está en juego: ¿Qué deberíamos de responder a la persona que asegura ser “justificada en Cristo”, pero que no vive honradamente? Le diríamos que se está engañando a sí misma y que se arrepienta urgentemente (*ver* Ro 6:2; 1Jn 3:7). Siguiendo en la misma línea, ¿qué deberíamos de responder a la persona que dice pertenecer al cuerpo universal de Cristo, pero que nunca se une al cuerpo de Cristo en la tierra? Le diríamos que se está engañando a sí misma y que debería arrepentirse.

El cuerpo de Cristo, la familia del Padre y el templo del Espíritu se reunirán al completo en la gloria. Pero, de

manera sorprendente, puedes encontrar ahora mismo expresiones imperfectas, puestos fronterizos o embajadas de esa asamblea final en la iglesia local. No hay nada igual a la iglesia local en toda la tierra, ¡porque proviene de la eternidad misma!

4. Las metáforas no son realmente metáforas, sino sombras. Esto lo puedes ver en Efesios 5, donde Pablo escribe: “Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Ef 5:31-32). Pablo está hablando del matrimonio pero, entonces —de forma inesperada— cambia de tema. El apóstol dice que el matrimonio representa a Cristo y la Iglesia. El matrimonio es un símbolo o una sombra de Cristo y la Iglesia. Si creemos que el matrimonio es la realidad y que el amor de Cristo por la Iglesia es el símbolo del matrimonio, lo estamos entendiendo al revés.

Es como si Dios —antes de crear el mundo— se dijera a sí mismo: “¿Cómo puedo introducir dentro de la creación un símbolo o sombra del pacto de amor de mi Hijo con la Iglesia? ¿Cómo puedo proclamar esto universalmente, para que todo el mundo lo vea y se dé cuenta de que está ante la sombra de algo muy, muy importante?”. La respuesta es que Dios creó el matrimonio; un tenue esbozo que apunta a la realidad *verdadera*: Cristo y la Iglesia.

Sostengo que lo mismo es verdad para todas las metáforas bíblicas de la Iglesia. Son sombras de algo más

grande que ellas. Piensa, si no, en la referencia de Pablo al Padre celestial “de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra” (Ef 3:15). Dios coloca a padres terrenales en la tierra para que el mundo entero tenga un tenue esbozo de lo que significa nuestra relación con el Padre celestial. ¿Para qué piensas que Dios ha creado hermanos? De nuevo, para que el mundo entero tenga un pequeño esbozo de la realidad verdadera que comienza ahora en la iglesia local y espera su plenitud allí en la gloria.

¿Y qué dirías de los pámpanos en la vid? Nos da un pequeño esbozo de nuestra dependencia de la Palabra de Cristo. Puedo confiar que en la gloria, nuestra dependencia total, completa y perfecta de él, se convertirá en algo mucho más evidente. Hasta las metáforas de la Iglesia en el Antiguo Testamento —como el Templo— que ilustraban la forma de vida de Israel, ilustraban al mismo tiempo realidades más profundas de la era venidera.

NO HAY NADA PARECIDO A LA IGLESIA LOCAL

¿Empiezas a entender por qué sigo diciendo que no hay nada en el mundo parecido a la iglesia local y a sus miembros? Al final se demostrará que las relaciones que compartimos en la iglesia local estaban más correlacionadas que si fuésemos un cuerpo físico; eran más seguras que el abrazo de un padre, más íntimas que el amor fraterno, más resistentes que una casa de piedra, más santas que el sacerdocio, y así podríamos seguir horas y horas.

Esto es lo que Jesús ha preparado en la gloria para nosotros, y esto es lo que empezamos a practicar aquí y ahora en la Primera Iglesia Bautista, o en la Segunda Iglesia Presbiteriana o en la Iglesia del Camino. Lo practicamos con todas esas personas —aún pecadoras y aún extrañas— que a veces nos lastiman; igual que nosotros las lastimamos a ellas.

¿A qué se parecen una iglesia local y sus miembros? Se parecen a un cuerpo, a una novia preparada para casarse, a un templo, a una familia, a un sacerdocio real... ¡pero son *mucho más* que cualquier ejemplo que pongamos!

¿VOLVEMOS A LA REALIDAD?

Habiendo dicho esto, cualquier miembro de iglesia en el planeta tierra sabe que la vida en la iglesia local no siempre es así (tan correlacionada, tan íntima, tan resistente, tan santa). De hecho, puede ser todo lo contrario.

Una mujer abandonó recientemente mi propia iglesia sintiéndose decepcionada y dañada por nosotros. Me escribió un correo electrónico: “Independientemente de si son creyentes o no, los miembros de mi familia irían conmigo al fin del mundo (cosa que no haría la familia de la iglesia). Y la verdad, siendo honesta, ya no me creo ese cuadro de la familia y de la comunidad que me creí al principio. Las personas con las que puedo contar de verdad son las de la familia en la que he nacido y los amigos de toda la vida”.

Estas son las palabras de alguien que se siente defraudado. A esta mujer se le enseñó que la iglesia era una cosa, pero su experiencia le mostró que era otra muy diferente. ¿Más correlacionados que una familia?

¿Más seguros que los brazos de un padre? ¿Más íntimo que el amor fraternal? ¡¿Seguro?! Esa no fue su experiencia. Puede que tampoco sea la tuya.

¿Qué podemos decir ante una situación así? Esta fue mi respuesta:

Para empezar, quiero decirte que lo siento. Lo siento por nuestro pecado y por el daño que te hemos causado. Reconozco que hemos fallado y que te hemos herido. También quiero pedirte que nos perdones. Necesitamos que nos perdones para que podamos reconciliarnos en Cristo, aunque no pertenezcamos a la misma congregación. En último lugar, ¿podemos mirar la Biblia juntos? Estoy pensando en Pedro — esa roca sobre la cual la Iglesia es construida—, que prometió a Jesús que no lo negaría y lo negó poco después. Pedro tampoco quiso comer con un grupo específico de miembros de la iglesia: los gentiles. Aun así, Jesús murió por gente traidora, hipócrita, cobarde y racista como Pedro. Este Pedro es el mismo quien —más tarde— habló acerca de la Iglesia como ‘piedras vivas’ y ‘casa espiritual’. ¿En serio, el mismo Pedro? ¿Has llegado a ser como él; tan fuerte, tan

resistente y tan espiritual con tus hermanos y hermanas en Cristo? Pues estas son las buenas noticias: no tenemos que depender ni confiar en la fuerza y en el amor de gente como Pedro. Confiamos en la fuerza y en el amor de Cristo. Hemos sido hechos *su* cuerpo, *su* familia, *su* templo, *su* pueblo, *su* rebaño, *su* gozo y *su* corona a través de *su* obra en la cruz. Ha sido él quien nos ha hecho lo que somos —no nosotros— y ahora nos está perfeccionando para que lleguemos a ser lo que —de forma asombrosa— ya somos.

Por tanto, te pido que no te vayas. Quédate con nosotros. Persevera en el perdón y en el amor. Lo lograremos juntos, no por nuestras fuerzas, sino por las tuyas.

Tu *hermano* en Cristo,
Jonathan

DOCE RAZONES POR LAS QUE LA MEMBRESÍA ES IMPORTANTE

1. **Es bíblica.** Jesús estableció la iglesia local y todos los apóstoles desarrollaron su ministerio a través de ella. La vida cristiana en el Nuevo Testamento es la vida de la iglesia. Los cristianos en la actualidad deberían esperar y desear lo mismo.
2. **La iglesia son sus miembros.** Ser *una iglesia* en el Nuevo Testamento es ser uno de sus miembros (lee el libro de los Hechos). Deberías desear ser parte de la iglesia porque ella es a quien Jesús vino a rescatar y a reconciliar consigo mismo.
3. **Es un prerrequisito para la Cena del Señor.** La Cena del Señor es una celebración para la iglesia reunida, lo que equivale a sus miembros (*ver* 1Co 11:20, 33). Deberías desear participar de la Santa Cena. Es la bandera del equipo, la cual hace que el grupo de la iglesia sea visible a las naciones.
4. **Es la manera de representar oficialmente al Señor Jesús.** La membresía es la confirmación de la iglesia de que eres un ciudadano del Reino de Jesucristo y, por tanto, un representante identificado de Jesús ante las naciones. Deberías desear que tu representación esté autorizada.

Además, muy estrechamente relacionado con esto:

5. **Es la manera de declarar tu más alta lealtad.** Tu membresía en el equipo —la cual se hace visible cuando ondeas la bandera de la Cena del Señor— es un testimonio público de que tu más alta lealtad pertenece a Jesús. Llegarán las pruebas y las persecuciones, pero tus únicas palabras serán: “Soy cristiano”.
6. **Es la manera de encarnar las ilustraciones bíblicas y representarlas.** Es dentro de las estructuras de la responsabilidad de rendir cuentas en la iglesia local que los cristianos viven y experimentan la correlación de su *cuerpo*, la plenitud espiritual de su *templo*, así como la seguridad, la intimidad y la identidad colectiva de su *familia*.
7. **Es la manera de servir a otros cristianos.** La membresía te ayuda a saber a qué cristianos del planeta tierra tienes la responsabilidad específica de amar, servir, supervisar y estimular. Te capacita para cumplir tus responsabilidades bíblicas con el cuerpo de Cristo (Ef 4:11-16, 25-32).
8. **Es la manera de seguir a los líderes cristianos.** La membresía te ayuda a saber a qué líderes cristianos en el planeta tierra estás llamado a

obedecer y a seguir. Por otra parte, te capacita para cumplir tus responsabilidades bíblicas con ellos (*ver* Heb 13:7, 17).

9. **Ayuda al liderazgo de los líderes cristianos.** La membresía permite a los líderes cristianos saber a qué cristianos en el planeta tierra deben “apacentar” (Hch 20:28; 1P 5:2).
10. **Posibilita la disciplina eclesial.** Te coloca en tu lugar —bíblicamente determinado— para participar en la labor de la disciplina en la iglesia de forma responsable, sabia y amorosa (1Co 5).
11. **Da estructura a tu vida cristiana.** Coloca la afirmación individual del cristiano de *obedecer y seguir* a Jesús en una situación real donde la autoridad se ejerce realmente sobre nosotros (*ver* Jn 14:15; 1Jn 2:19; 4:20-21). *Es el programa divino de disciplina.*
12. **Protege el testimonio e invita a las naciones.** La membresía refleja el gobierno alternativo de Cristo a un universo que observa (*ver* Mt 5:13; Jn 13:34-35; Ef 3:10; 1P 2:9-12). Las mismas restricciones que se aplican a la membresía de la iglesia producen la asociación de un grupo que invita a las naciones a algo mejor. *Es el programa divino de evangelización.*

¿CUÁLES SON LOS REQUISITOS DE LA MEMBRESÍA? (LLEGAR A SER MIEMBRO)

Algunas personas rechazan la membresía de la iglesia porque creen que ésta significa hacer *esfuerzos y malabarismos* extraordinarios. O bien creen que significa que han de mejorar los *estándares de comportamiento* para poder acceder a la membresía. Ambas cosas suenan como lo opuesto a la gracia de Dios, la cual es gratuita.

No es difícil comprender por qué la gente piensa de esta manera. Normalmente, la membresía conlleva como requisito algún tipo de *estándar*. Debes de ser lo suficientemente rico para acceder a un club de campo, lo suficientemente famoso para un grupo de moda, lo suficientemente inteligente para un grupo de debate, lo bastante rápido para un equipo de atletismo y lo suficientemente comprometido para una asociación benéfica.

Por definición, ser miembro de algo es *ser algo* que otros no son. Esto suena peligrosamente exclusivo, ¿verdad? ¿Es posible que el concepto de membresía eclesial empuje a los cristianos hacia el moralismo o el farisaísmo?

El cristianismo no se basa en los requisitos, se basa en la gracia. ¿Cómo, pues, podemos mejorar los estándares de comportamiento?

Debemos ser sinceros, es fácil ir por un camino moralista con respecto a la membresía de la iglesia. Anteriormente he dicho que el miembro de la iglesia es un representante identificado de Jesús y voy a sostenerlo. Pero considera cuán rápido podemos empezar a pensar erróneamente: Jesús es perfectamente santo, por tanto, representar a Jesús significa que debemos ser santos. También significa que el requisito para la membresía de la iglesia es la santidad, por tanto, despreciaré a cualquiera que no sea tan santo como yo. Hasta sería mejor que no los dejara entrar en mi iglesia. Ellos no enseñan a sus hijos en casa como yo. Tampoco oran con pasión como yo. Ni van a viajes misioneros como yo. Ni invierten con tanta moderación en posesiones terrenales como yo...

¿Ves adónde nos lleva esto? Parece como si todo el concepto de la membresía produjese ciudadanos de primera clase, de segunda clase, y no ciudadanos en base a cómo se *comporta* la gente. Esto sería la antigracia y el anti-evangelio. ¿Es eso lo que este libro defiende? ¿Cuáles son exactamente los *requisitos* de la membresía de la iglesia?

¿QUIÉN PUEDE ACCEDER A LA MEMBRESÍA?

Uno de los privilegios que he disfrutado mientras he servido como anciano en diferentes iglesias ha sido la

oportunidad de llevar a cabo entrevistas de membresía. Podríamos decir que es como permanecer a la puerta del redil de las ovejas y supervisar qué tipo de animales entran en él. Quieres que entren ovejas y no lobos.

Basándome en lo que la persona dice en la entrevista puedo recomendarla a los otros ancianos quienes —a su vez— la recomendarán a toda la congregación. Debido a que Jesús otorga el poder de las llaves a la iglesia local, creemos que la decisión final depende de la iglesia, no de los ancianos.

¿Quién puede acceder a la membresía? Aquí tienes una respuesta súper sencilla: los cristianos. O lo que es lo mismo: los *requisitos* para acceder a la membresía de la iglesia no deben ser ni más altos ni más bajos que los requisitos para ser cristiano; con una sola excepción (a la cual llegaremos en un momento). Lo que pretendemos es confirmar a las que son ovejas. La membresía eclesial empieza cuando la iglesia local confirma la profesión cristiana de fe de la persona. Como Jesús hizo con Pedro, le preguntamos a la persona quién es Jesús. Como Pedro hizo con Jesús, la persona responde diciendo que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente (y la persona debe entender lo que estas palabras significan). Dicho de otra manera: la gente necesita entender el evangelio y creer en él para unirse a la iglesia.

Las personas no siempre saben explicar bien el evangelio, pero de una manera u otra deben ser capaces de

explicarlo. Deben ser capaces de decir a quién representan antes de que las llamemos oficialmente representantes de Jesús. Recuerdo una entrevista que tuve con una mujer cuya lengua materna no era el inglés. Cuando le pregunté qué era el evangelio, me miró sorprendida y dijo: “¿El evangelio?”, como si nunca antes hubiera escuchado esa palabra. Mi contestación fue: “Las buenas noticias de Jesucristo”. Esta definición encendió un interruptor mental en la mujer y me explicó el evangelio correctamente. Nuestra iglesia empezó a llamarla miembro. Hacer esto es como enviar un comunicado de prensa: “A las naciones: ahora podéis mirar a esta mujer para saber cómo es Jesús, porque es una representante oficial suya”.

En otras ocasiones, he entrevistado a personas que no podían explicar el evangelio. Recuerdo a otra mujer que me dijo que ser cristiano significaba “hacer las cosas lo mejor posible”. Intenté abordar el asunto haciendo preguntas desde perspectivas diferentes, pensando que tal vez podría obtener una respuesta mejor. Pero no la obtuve. Cuando finalmente le expliqué que *no* podíamos proceder con la membresía, empezó a llorar. Yo también quise llorar. Si hubieras escuchado la dura historia de su vida te habrías sentido de la misma manera. Pero no le habría mostrado amor ni a ella ni a la iglesia si hubiera procedido con la solicitud.

Lo que hice fue invitarla a reunirse con una mujer de la iglesia para estudiar el Evangelio según Marcos en seis

sesiones. Ella aceptó. Se reunió con la mujer. Unas semanas más tarde nos volvimos a sentar juntos y empezamos de nuevo. Esta vez explicó el evangelio maravillosamente y se unió a nuestra iglesia. “A las naciones: ¡Mirad aquí! ¡Otra representante!”.

Supongo que podrías describir lo que le pedí hacer a esta mujer como *esfuerzos* y *malabarismos extraordinarios*. Espero que, en su lugar, lo llames pastorearla y ayudarla a asegurarse de que conocía el evangelio y de que estaba convertida; sin mencionar que lo que hice fue cuidar de la iglesia y de la reputación de Cristo.

LA FE

He dicho que la membresía eclesial empieza cuando la iglesia local confirma la profesión de fe de la persona como Jesús hizo con Pedro. Para facilitar este proceso las iglesias utilizan a menudo una *declaración de fe* para asegurarse de que todos los que participan en la entrevista dicen y creen las mismas cosas.

Por ejemplo, los mormones, los testigos de Jehová y algunos cristianos liberales confiesan *creer* en Jesús, igual que hizo Pedro. Pero no dirían que Jesús es Dios. Por tanto, ¿de qué *Jesús* estamos hablando? Una declaración de fe ayuda a aclarar estos conceptos.

En la iglesia primitiva algunos negaron que Jesús fuese completamente humano. Mira cómo el apóstol Juan exhorta a una iglesia a analizar el asunto:

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios” (1Jn 4:1-3).

Había profetas que decían: “Sí, yo también creo en Jesús. Soy uno de los tuyos”. Pero Juan dice: “Necesitáis probarlos. Puede que no sean de los nuestros”.

Han pasado dos mil años y la falsa enseñanza no ha hecho otra cosa que aumentar. Por este motivo muchas iglesias tienen declaraciones de fe que se refieren a Dios, a las Escrituras, al pecado, a la salvación, a la iglesia y a la segunda venida de Cristo.

El objetivo de pedir a una persona que confirme una declaración de fe no es para confirmar a teólogos profesionales, sino para confirmar a cristianos. Observa los requisitos de Jesús: “cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe” (Mt 18:4-5). En otras palabras, las iglesias deben sintonizar sus oídos buscando el quebrantamiento dado por el Espíritu Santo y la humildad ante Dios.

¿Cómo suena un quebrantamiento como este? Suena a algo parecido a esto: “Sí, soy un gran pecador. Sí, soy culpable de juicio. ¡Pero gloria a Dios, Jesús murió en una cruz por mis pecados! Ahora es mi Señor y lo sigo”.

¿Cómo suena un corazón humillado como este? Sueña como empezar a entender la sana doctrina, y como un corazón que confía en lo que la Biblia dice acerca de Dios y de nosotros.

EL ARREPENTIMIENTO

El cristianismo no comienza solo con la fe. Por tanto, tampoco lo hace la membresía de la iglesia. Ambos comienzan con el arrepentimiento. Jesús dijo: “El reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mr 1:15).

El arrepentimiento es el fruto del quebrantamiento dado por el Espíritu Santo; como la sana doctrina y la fe.

Si me propusiera escribir una *guía de requisitos* para aquellos que efectúan entrevistas para la membresía, iría directamente a las bienaventuranzas del Evangelio según Mateo. Escribiría algo parecido a esto:

“Busca a aquellos que son pobres en espíritu; que lloran por su pecado; que no tienen derechos —siempre insistiendo en sus propias opiniones— sino que son mansos; que están asqueados del pecado y de todos sus efectos; que tienen hambre y sed de justicia como si fuese agua viva. Cuando encuentres gente como esta, asegúrate de que saben quién es Jesús. Asegúrate de que Jesús es el único que llena sus espíritus empobrecidos, el que ha perdonado sus pecados, el que recibe sus vidas y la adoración, aquel de cuya justicia

ellos dependen y están buscando. Cuando encuentres a tales personas, ¡diles que se unan a la iglesia!”.

Fíjate que no es la perfección moral de la persona lo que la *cualifica* para la membresía eclesial. Es justamente lo contrario. Lo que la cualifica es el reconocimiento de la falta de perfección, junto con la necesidad de obtenerla. No cualifica la gente que nunca peca, sino la gente que lucha contra el pecado. La labor judicial de la iglesia no es confirmar a los justos, sino a los injustos que tienen hambre y sed de justicia; la justicia que solo Dios puede dar en Cristo.

Esta sería otra forma de resumirlo: lo que hace a la gente aceptable para la iglesia no es su propia pureza moral, sino Cristo. No lo que ellos han hecho para salvarse a sí mismos, sino lo que Dios ha hecho para salvarlos a ellos.

EL BAUTISMO

¿De verdad necesita la gente sentarse con un anciano en la oficina de la iglesia para tener una entrevista antes de poder unirse a la iglesia? No, hay diferentes maneras de asegurarse de que alguien representa a Jesús antes de poner el sello de aprobación de la iglesia en la persona. Miraremos esto con más profundidad en el capítulo 8.

Lo que es importante que entendamos ahora es que *hay* un requisito que las iglesias deben pedir a sus miembros—más allá de la salvación—y es el bautismo.

En el capítulo 2 vimos que el primer paso de la vida cristiana en el Nuevo Testamento es —siempre— el bautismo. La multitud preguntó a Pedro qué tenían que hacer para ser salvos, y él les respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros” (Hch 2:38). Pablo —escribiendo a la iglesia romana— sencillamente asume que todos ellos han sido bautizados (Ro 6:4). Es lo primero que Jesús manda hacer a sus discípulos cuando hagan discípulos (Mt 28:19).

El bautismo no salva a una persona, pero Jesús quiso que las personas que él salvara se identificaran públicamente con él y con su pueblo. Es la manera de reconocer *oficialmente* a sus ciudadanos. Así es como ondean la bandera.

Durante dos mil años las iglesias también han considerado el bautismo como un prerrequisito para la membresía. ¿Dice la Biblia que “debes bautizarte antes de unirte a la iglesia”? No, pero dice: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros”. Si quieres identificarte con el pueblo de Dios y esperas que él se identifique contigo, necesitas identificarte primeramente con Cristo; y este es el propósito del bautismo. Rechazar el bautismo podría señalar que no hay arrepentimiento. Tal y como Mark Dever lo ha expresado: “Que acabes mojado es el mandamiento más fácil de obedecer que Jesús ha dado nunca. Se pondrá más difícil a partir de ese momento”.

CONCLUSIÓN

Un pastor amigo mío me llamó unas semanas atrás y me preguntó si debería de permitir a cierto hombre volver a unirse a su iglesia. Este hombre había renunciado a la membresía algunos meses antes, pero ahora quería volver a ella. La persona era algo problemática. No era descaradamente divisiva pero sí era inmadura y causaba muchos problemas al liderazgo. Mi amigo estaba pensando en no dejarla volver.

Le pregunté si pensaba que este hombre era cristiano. “Sí”; la respuesta llegó lenta y un poco a su pesar.

Le pregunté si estaría dispuesto a presentarse en un centro comercial lleno de gente, señalar a este hombre y decirle a todo el mundo que era un representante de Jesús. “Supongo que sí” (la respuesta llegó más a regañadientes que antes).

“Bien, entonces creo que debes dejar que se una de nuevo a la iglesia. También tenemos que dejar a los cristianos *difíciles* unirse a nuestras iglesias”.

Las iglesias no deben buscar a las personas que nunca son difíciles, sino a las personas que admiten que son difíciles y están dispuestas a luchar contra ello.

Un poco como yo. ¿Tal vez como tú también?

¿DE QUÉ MANERAS DEBERÍA SOMETERSE EL MIEMBRO A LA IGLESIA? (EJERCER DE MIEMBRO)

Anteriormente dije que los cristianos no se unen *realmente* a las iglesias; se someten a ellas. Después de todo, Jesús ha otorgado a las iglesias la autoridad de atar y desatar en la tierra; lo que significa que los cristianos se deben someter a ellas como un acto de sumisión a él. Es como un niño que honra a Dios porque honra a sus padres.

La palabra *someterse* asusta hoy a la mayoría de la gente, en parte porque hemos visto a muchos líderes abusando de ella (incluyendo líderes de la iglesia). Aun así, Dios revela por todas las Escrituras que él estableció la autoridad para nuestro propio bien. El autor de la creación utilizó su autoridad para crearnos y para bendecirnos. De la misma manera, establece que sus mayordomos humanos autorizados usen su autoridad para bendecir la vida y los asuntos de otros (ver 2S 23:3-4; Is 11:2-10). Entonces, ¿qué significa someterse a una iglesia? Y, ¿es para nuestro bien?

UNA NOCHE ESTRELLADA

Para poder responder a estas preguntas nos vamos a subir a un automóvil y conduciremos hacia Arizona.

Una vez estuve de acampada en el desierto de Arizona, muy cerca del Gran Cañón. La primera noche colocamos nuestros sacos de dormir fuera, bajo las estrellas. Nunca había visto nada igual. Fuera —en el limpio aire del desierto— las estrellas brillaban tan poderosamente que podías levantar la mano y casi veías su sombra en el piso. Quiero que veas ese cielo. Quiero que levantes tu vista y veas un lienzo oscuro salpicado con diez mil diamantes de luz. ¿Por qué? Porque este es el cuadro de los cristianos y de las iglesias en el mundo que pinta Pablo. Les dijo a los cristianos de la antigua ciudad de Filipos que quería que se convirtieran en:

Intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella brilláis como estrellas en el firmamento. (Fil 2:15, NVI)

La ciudad de Filipos era ese lienzo oscuro. Los cristianos debían ser los diamantes de luz. La ciudad era malvada y depravada. Los cristianos debían ser intachables y puros.

¿Puedes ver el cuadro? Pablo quería que estos creyentes brillaran; que brillaran en sus casas y en sus lugares de trabajo, en el mercado y en su tiempo de ocio.

Pero hay algo que Pablo estaba diciendo que no debes dejar a un lado. Él no quería que simplemente resplandecieran y centellearan cuando estuvieran dispersos, separados unos de otros. Pablo quiso que brillaran a través de sus *vidas unidas*.

Te he enseñado el versículo que habla de las estrellas resplandecientes, pero mueve la cámara hacia atrás. Unos párrafos antes de este versículo el apóstol les dice a sus lectores que quiere que vivan “como es digno del evangelio” (1:27). ¿A qué se parece una vida que es digna del evangelio?

Afortunadamente, Pablo pinta dos cuadros para los filipenses de cómo es esa vida digna. El primer cuadro es lo que él mismo deseaba ver en la iglesia de los filipenses. Les dijo que estuvieran “firmes en un mismo espíritu”, que combatieran “unánimes por la fe del evangelio”, que sintieran “lo mismo” y que tuvieran “el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (1:27 – 2:2).

Es un cuadro monocromo, ¿no es así? Su vida juntos debe ser del color de la unidad. Para lograr pintar con el color de la unidad deben someterse los unos a los otros. Pablo prosigue con el mandamiento de no hacer nada “por contienda o por vanagloria”. A cambio —dice—: “antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” y “no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (2:3-4). En otras palabras, el cuadro de la unidad es un cuadro de sumisión mutua.

No obstante, antes de terminar este primer cuadro, Pablo hace una pausa y pinta un segundo cuadro de sumisión; uno que sería un modelo para el primero. Cuando llega a todo este asunto de la unidad, la sumisión y el amor, Pablo dice:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (2:5-11).

¿Puedes ver la conexión entre los dos cuadros? El segundo cuadro es acerca del evangelio: Cristo encarnándose en hombre, siendo crucificado y resucitando de la muerte. Cristo hizo lo que solo él podía hacer: pagar por el pecado y vencer a la muerte. El primer cuadro es de una vida *digna* del evangelio. Es una vida entregada al amor que se somete y a la humildad que une al pueblo de Cristo.

Básicamente, Pablo está diciendo: “¿Quieres saber cómo debería vivir entre otros cristianos alguien que profesa creer en el evangelio? ¡Pues mira a tu Salvador!”. En este punto de la carta, Pablo vuelve al primer cuadro. Les dice que continúen obedeciendo. Que se ocupen en su salvación con temor y temblor. Que lo hagan todo sin quejas ni contiendas. Que sean intachables y puros. Entonces brillarán “como estrellas en el firmamento” (2:12-16, NVI).

Cuando los cristianos busquen la unidad en sus iglesias sometiéndose unos a otros, entonces sus iglesias brillarán como la luz de un portal en una calle oscura de la ciudad, como una linterna en lo profundo de un bosque en la noche.

Esto es una vida digna del evangelio y una iglesia digna del evangelio.

Si tú sabes lo oscuro y perdido que está este mundo, podrás ver cuán precioso es este cuadro. Sabes que hay matrimonios rotos, injusticia racial, niños abandonados y multitud de adicciones que esclavizan a la gente. Has visto la soledad, el dolor y la ansiedad. Has experimentado racismo, odio, orgullo, al igual que el autoengaño y la autojustificación que acompaña a todas estas cosas. Algunas de ellas las has visto en otros, algunas de ellas las has visto en ti mismo...

Vaya, ¡si pudiéramos alumbrar a este mundo oscuro con esas brillantes linternas de luz! Pero, ¿no es eso lo que quieres que sean y que hagan nuestras iglesias?

OCHO MANERAS EN LAS QUE NOS SOMETEMOS A LA IGLESIA LOCAL

Pablo miró directamente a los ojos de la iglesia de los filipenses y les dijo que se sometieran buscando el bien de los demás, de la misma manera que Jesús se sometió a sí mismo para el beneficio de ellos.

La misma verdad se aplica a nosotros y a nuestras iglesias. De la misma manera que Cristo entregó sin reservas su vida para nuestro bien, así también nosotros debemos entregar nuestras propias vidas para el bien de los demás. No hay ninguna área de nuestras vidas que esté exenta de considerar a los demás como superiores a nosotros mismos. Más concretamente, debemos entregarnos a nuestras iglesias: públicamente, físicamente, socialmente, sentimentalmente, financieramente, profesionalmente, éticamente y espiritualmente.

1. *Públicamente*

En primer lugar, los cristianos deberían someterse públicamente a las iglesias locales, con lo cual quiero decir formalmente u oficialmente. Deberían *unirse* a la iglesia comprometiéndose con el cuerpo local de creyentes en el que participarán con regularidad de la Cena del Señor. Jesús se identificó públicamente con su Iglesia. Nosotros debemos identificarnos públicamente con él y también con su pueblo: uniéndonos a la iglesia (lee el capítulo 8 para ver lo que esto significa para la iglesia perseguida).

2. Físicamente/Geográficamente

En segundo lugar, los cristianos deberían someterse físicamente a las iglesias locales y, tal vez, geográficamente. Nos sometemos físicamente reuniéndonos regularmente con la iglesia: “no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre” —dice el autor de Hebreos— (Heb 10:25; Hch 2:42-47). Nos debemos reunir en el día del Señor (Hch 20:7; 1Co 16:2).

Ahora bien, permíteme subir un poquito el nivel. Si *puedes*, estima a los demás como superiores a ti mismo y mira por el interés de los otros (Fil 2:3-4) viviendo geográficamente cerca de la iglesia. Cuando una persona vive a la distancia de un paseo de la iglesia o de un grupo de miembros, es más fácil invitar a la gente a casa a comer, supervisar mutuamente a los hijos mientras corren sin rumbo por el vecindario, recoger la leche y el pan de la tienda para mi hermano, etc. Resumiendo, es muchísimo más fácil integrar nuestras vidas diarias cuando tenemos una proximidad geográfica relativa (a la distancia de un paseo inclusive).

Cuando consideran qué casa comprar o qué apartamento alquilar, los cristianos hacen bien en formular algunas de las mismas preguntas que los no cristianos hacen (¿Cuánto cuesta? ¿Hay buenas escuelas cerca?). Pero también es bueno que los cristianos hagan preguntas adicionales, tales como:

- ¿Me permitirá el pago de la hipoteca o del alquiler ser generoso con los demás?
- ¿Podrán otros creyentes visitarme fácilmente para que disfruten de la comunión y de la hospitalidad?

Durante el último traslado de mi familia, la cuestión de someternos geográficamente a la iglesia se redujo a escoger entre dos casas. Ambas de ellas eran asequibles; pero al mismo tiempo muy diferentes. La primera casa era más nueva, más atractiva, estaba mejor diseñada, no necesitaba reparaciones y era más barata. Pero estaba a una distancia de la iglesia de treinta minutos en automóvil y tampoco había miembros de la congregación cerca. La segunda casa era más vieja, estaba menos resguardada del viento, necesitaba la reparación de cosas como la entrada principal y los daños causados por inundaciones ocasionales del sótano, y era más cara. Pero estaba solo a quince minutos en automóvil de la iglesia y, lo más importante, estaba cerca de una docena —actualmente dos docenas— de familias de la congregación; a una distancia apropiada para ir paseando. Pedí consejo a varios ancianos y todos ellos me aconsejaron dar prioridad a las amistades de la iglesia. En la práctica, esto significó escoger la casa más vieja, menos atractiva y más cara.

Afortunadamente lo hicimos y ¡cuán enriquecedor ha sido para toda nuestra familia! Mi mujer se relaciona con las otras madres casi a diario y nuestros hijos con

sus hijos. Me he reunido con un hermano todos los días de la semana por la mañana —durante un año y medio— para orar y leer las Escrituras, y las familias de nuestra iglesia pueden trabajar juntas sirviendo a los vecinos y evangelizándolos.

¿Está el cristiano *obligado* a trasladarse cerca de otros miembros de su congregación? No, la Biblia no lo manda. Pero es una forma concreta de amar a tu iglesia. ¿Se sometió Jesús a sí mismo física y geográficamente? ¡Sí, dejó el cielo!

3. Socialmente

Tercero, deberíamos someternos a nosotros mismos socialmente. Las iglesias deberían ser algo más que un club social; pero tampoco deberían ser menos. A quienes imitamos y seguimos son nuestros amigos. Gastamos dinero donde ellos gastan dinero. Criamos a nuestros hijos igual que ellos crían a los suyos. Oramos como ellos oran. Nuestros amigos influyen en lo que nos convertimos porque nos imitamos los unos a los otros (Stg 4:4; 1Co 15:33).

La comunidad de la iglesia local debe ser un lugar donde los cristianos se edifican y se moldean unos a otros a través de todas las características de la amistad para su propio beneficio. Sin duda alguna, los amigos cristianos son valiosos tanto si son de nuestra iglesia o de otra. Pero los amigos de nuestra iglesia local son edificados por el mismo ministerio de la Palabra, y eso nos da la

oportunidad de extender ese ministerio más íntimamente en las vidas de unos y otros a lo largo de la semana.

Además, la iglesia debe ser un lugar seguro donde encontrarnos fuera de nuestra zona de comodidad social. Allí deberían formarse amistades entre los ancianos y los jóvenes, los ricos y los pobres, los incultos y los intelectuales, los de un grupo étnico con los de otros.

¿Has escuchado alguna vez una voz dentro de tu cabeza diciendo?: “Pero no quiero ser amigo suyo. No es como yo. Somos de ambientes diferentes. No estamos interesados en las mismas cosas”. Yo sí. Pero considera cómo te respondería Pablo: Jesús “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo”. ¡Él era Dios (no como tú y yo)! ¡Y entonces se convirtió en hombre (como tú y yo)!

Con la misma humildad, considera a los demás como mejores que tú mismo cuando tengas que elegir a tus amigos. Mira por su bienestar, no por el tuyo propio.

4. *Sentimentalmente*

Desde luego, uno de los componentes de la amistad son las muestras de amor. Los cristianos deberían someter sus sentimientos los unos a los otros. ¿Qué me produce gozo o tristeza? ¿Qué es lo que me lleva a celebrar o a lamentar?

Mira lo que Pablo dijo a los corintios: “que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera

que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1Co 12:25-26).

A los de Roma les dijo: “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Ro 12:10).

Pablo nos manda regocijarnos con el hermano que obtiene un ascenso importante en el trabajo; con todo el dinero y el prestigio que conlleva dicho ascenso. ¿Podemos hacerlo? Pablo manda a la mujer soltera de treinta años —que está deseando casarse— regocijarse con la mujer de veintidós años que se ha casado.

¿Puede hacerlo? ¿Puede el hombre pobre lamentarse con el hombre rico cuando éste pierde su trabajo? Responder *sí* a estas preguntas —en vez de decir *sí* a la “contienda o vanagloria”— requiere algo más que sentimientos. Requiere un corazón transformado por el evangelio y por el Espíritu Santo.

Cumplir con el mandato de Pablo de estimar “cada uno a los demás como superiores a él mismo” y tener “el mismo amor” significa conocer el amor de aquel que “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”; y entonces amar como él lo hizo.

5. *Financieramente*

Los cristianos deberían someterse a sí mismos financieramente a las iglesias locales. Esto cambiará de un

contexto a otro. Pero se haga como se haga, los cristianos deberían encontrar maneras de cumplir mandamientos bíblicos como los siguientes:

- “Compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad” (Ro 12:13; ver Gá 2:10; 1Jn 3:17).
- “En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas” (1Co 16:1-2; ver Ro 15:26).
- “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1Co 9:14; ver 1Co 9:11-13; Mt 10:10; Lc 10:7; Gá 6:6; 1Ti 5:17-18).

6. *Profesionalmente*

Los cristianos deberían someter sus profesiones a las iglesias locales. Para algunas personas, esto significa entrar en un ministerio cristiano. Para todos los cristianos, significa reconocer que las vidas de nuestros compañeros de iglesia se extienden para toda la eternidad, mientras que nuestros trabajos no lo harán.

Conozco a hombres y a mujeres con empleos seculares que para poder servir en sus iglesias locales han desestimado ascensos laborales y más dinero; se han

cambiado de una compañía grande y prestigiosa a otra más pequeña; y han rechazado trasladarse a otra ciudad. En cada caso, la persona ha desestimado la oportunidad porque sabía que obstaculizaría su capacidad de cuidar a la iglesia y a la familia. También he conocido a otros que rechazaron trabajar en domingo, o que han dejado sus trabajos cuando se lo han exigido. Y no lo hicieron porque fueran sabatarios¹, sino porque el domingo es cuando se reúne la iglesia.

Por cierto, algunos de los mejores ancianos no contratados en la iglesia no son los hombres que ascienden en la escalera profesional, sino aquellos que están dispuestos a descender por el beneficio de la iglesia.

7. Éticamente

Los cristianos deberían someterse éticamente a las iglesias locales. Esto no significa hacer de la iglesia una autoridad absoluta; no en mayor medida de lo que un niño debe considerar autoridades a sus padres en este sentido. Más bien, el cristiano debe buscar en la iglesia — en asuntos que sean abordados por la Palabra de Dios— la instrucción ética, el consejo, la responsabilidad de rendir cuentas y la disciplina.

Pablo escribe: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gá 6:1). Judas dice: “A

otros salvad, arrebatándolos del fuego” (Jud 23). La iglesia local es el lugar principal donde buscamos ayudar a otros creyentes a luchar contra sus pecados y donde, al mismo tiempo, nosotros debemos abrirnos para recibir la misma ayuda. Si un hermano peca contra ti, ve y muéstrale su falta (Mt 18:15). Si te escucha, has ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo uno o dos hermanos más. Si no los escucha a ellos, llévalo a la iglesia (Mt 18:16-17).

Todo esto es parte de lo que significa que te sometas a tu iglesia éticamente.

8. *Espiritualmente*

Finalmente, los cristianos deberían someterse a sí mismos espiritualmente a la iglesia local. Con esto quiero decir tres cosas específicas.

- Primero, es en la comunidad donde debemos buscar ejercitar nuestros dones espirituales. Pablo nos recuerda que: “a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho” (1Co 12:7).
- Segundo, la iglesia local es la comunidad donde los cristianos deben edificarse unos a otros en la fe a través de la Biblia. Judas dice: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna” (Jud 20-21; ver Ef 4:11-32; Heb 10:25).

- Tercero, son las personas por las que debemos interceder regularmente en nuestras oraciones.

DEBEMOS SOMETERNOS A LA FEALDAD

Seamos sinceros, la gente no tiene miedo de someterse. Lo que quiere es someterse a la belleza; como el héroe valiente que se somete a sí mismo para rescatar a la damisela en apuros.

Lo que sorprende del cristianismo es que sus héroes no lo arriesgan todo por una damisela sino por lo que la Biblia compara con una ramera. Entonces pide a todos los que salva que se sometan a esta misma ramera (la esposa que aún se está preparando: la Iglesia).

Ahora bien, someterse a la fealdad asusta realmente a la gente. Pero eso es lo que someterse a la iglesia local puede significar. Las iglesias están llenas de otros pecadores cuya visión de la gloria contradice la nuestra. Pero así es como Cristo nos amó: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Jn 13:34).

El amor de Cristo —de manera maravillosa— transforma la fealdad en belleza (*ver* Ef 5:22-31). Nuestro amor los unos por los otros debe hacer lo mismo: ayudar a que lo feo se convierta en bello. ¿Quién puede amar de esta manera? Solo aquellos cuyos ojos han sido abiertos y cuyos corazones han sido liberados de la esclavitud de amar a este mundo: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn 8:36).

CÓMO DEBERÍAN RELACIONARSE LOS MIEMBROS CON LOS PASTORES

Todos y cada uno de los miembros de la iglesia se presentarán delante del trono de Dios y darán cuentas de cómo han obrado para proteger el evangelio en las vidas de sus compañeros miembros de iglesia (*ver* Gá 1). Dicho esto, el Espíritu Santo ha puesto pastores y ancianos como los *supervisores* de la iglesia (Hch 20:28; Tit 1:7; 1P 5:2). Eso significa que los pastores o ancianos representan la labor de la iglesia de supervisar el día a día de la congregación. Someterse a la iglesia significa —normalmente— someterse a ellos. De manera general, ¿cómo deberían los miembros relacionarse con los pastores?

1. **Los miembros deberían confirmar oficialmente a sus pastores.** Algunas tradiciones no están de acuerdo con este punto de vista pero, ya que los cristianos son responsables en última instancia ante Dios de lo que se les enseña (*ver* Gá 1), creo que los miembros de la iglesia son los responsables de elegir a sus líderes. Las congregaciones deberían dejar que los ancianos dirijan este proceso, pero la confirmación oficial pertenece a la iglesia (también podríamos considerar

que el asunto de que la iglesia tenga la autoridad de confirmar a sus líderes sea una autoridad apostólica que se recibe con las llaves apostólicas. (Ver Hechos 14:23, y el papel de la congregación en Hechos capítulos 1 y 6).

2. **Los miembros deberían honrar a sus pastores.**

La capacidad de nuestra cultura para entender la palabra *honrar* parece estar disminuyendo continuamente. Pero de la misma manera que la Biblia pide a los niños que honren a sus padres, asimismo, los cristianos deberían honrar a sus pastores. La Biblia inclusive pide que “sean tenidos por dignos de doble honor” (1Ti 5:17). Esto incluye pagarles un sueldo (5:18).

3. **Los miembros deberían someterse a sus pastores.**

Es necesario que estos dos versículos en Hebreos sean incorporados a nuestra comprensión de la vida cristiana: “Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe”; “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (Heb 13:7, 17).

4. **Los miembros deberían orar por sus pastores.**

Estos hombres son aquellos cuyas vidas y enseñanza ayudan a sostener la iglesia. Orar por ellos solo nos puede beneficiar.

5. **Los miembros deberían presentar cargos contra los pastores deshonorados.**

Debido a que están en primera línea, Pablo protege a los líderes exigiendo dos o tres testigos para admitir una acusación contra ellos (1Ti 5:19). Dicho esto, la congregación *no debería* permitir continuar en el servicio a un anciano que se ha deshonrado a sí mismo.

6. **Los miembros deberían expulsar a los pastores que niegan el evangelio.**

Cuando los falsos maestros entraron en la iglesia en Gálatas, Pablo no corrigió a los ancianos. Corrigió a la iglesia. Cuando los pastores empiezan a negar el evangelio o a enseñar otras herejías, Dios pide a los miembros de la iglesia que los expulsen.

CUÁNDO NO DEBES SOMETERTE

Todos nosotros somos llamados —en algún momento— a sobrellevar con humildad los errores y pecados de algún líder. Sin embargo, si te encuentras en una iglesia donde el liderazgo es característicamente abusivo, te animaría —en la mayoría de los casos— a marcharte. Marcharte para proteger tu discipulado, para proteger a tu familia, para dar ejemplo a los miembros dejados atrás y para dar testimonio a los vecinos que no son cristianos no concediendo credibilidad al ministerio de esa iglesia.

¿Cómo puedes reconocer el liderazgo abusivo? Pablo exige dos o tres testigos para que una acusación sea admitida contra un anciano (1Ti 5:19), probablemente porque sabe que los líderes serán acusados de cosas desagradables más a menudo que otros (y a menudo injustamente).

Aclarado esto, podemos decir que las iglesias y los líderes cristianos abusivos *característicamente*:

- Hacen declaraciones dogmáticas acerca de asuntos donde la Biblia guarda silencio.
- Se apoyan en la inteligencia, el humor, el carisma, la culpa, las emociones o en amenazas, en vez de apoyarse en la Palabra y en la oración (*ver* Hch 6:4).
- Benefician a sus favoritos.

- Castigan a los que no están de acuerdo con ellos.
- Emplean formas extremas de comunicación (temperamental, silenciosa, etc.).
- Recomiendan cursos de acción que siempre —de alguna manera— mejoran la propia situación del líder (aun en perjuicio de otros).
- Hablan demasiado y sin pensar.
- Rara vez hacen buenas obras en secreto.
- Rara vez estimulan.
- Rara vez otorgan el beneficio de la duda.
- Enfatizan la apariencia exterior, en vez del arrepentimiento del corazón.
- Predican, aconsejan, disciplinan y supervisan la iglesia con labios que no honran todo lo que Cristo ha hecho en el evangelio y que no dan toda la gloria a Dios.

¿QUÉ OCURRE CUANDO LOS MIEMBROS NO REPRESENTAN A JESÚS?

Si visitarás tu biblioteca local y abrieras el primer número de la revista estadounidense *News and World Report magazine* (Revista de noticias y reportajes internacionales) publicado después del 11 de septiembre del 2001, encontrarías la foto de un hombre llorando con una bandera estadounidense en la mano. Su nombre es Hermono (Mono para los amigos). Mono no tiene apellidos, por tanto el espacio para los apellidos de su carné de conducir estadounidense pone “Lnu”; lo cual significa “Last name unknown” (Apellido desconocido). Mono es un ciudadano de Indonesia, pero es un patriota estadounidense con todo su corazón.

Mono llevaba en EE.UU. varios años cuando un cristiano llamado Douglas lo conoció en un gran centro comercial de Washington, D.C. Era el 4 de julio¹ del 2001 y Mono estaba disfrutando de los fuegos artificiales. Douglas tenía otros planes; compartió el evangelio con Mono. Asombrosamente, Mono oyó y creyó; nació de nuevo.

Unos meses después mi iglesia lo bautizó y lo hizo miembro. Fue un acto oficial. ¡Avisad a la prensa y decídselo a las naciones; aquí tenemos un nuevo ciudadano del Reino de Cristo!

La iglesia disfrutaba del entusiasmo de Mono, de su amabilidad y de su generosidad. En una ocasión, compró todo un juego de vajilla para poder organizar una comida con todos los hombres de la iglesia que habían influido en su discipulado con Cristo. Mono amaba a la iglesia y la iglesia amaba a Mono.

Pasado un tiempo, la situación empezó a cambiar: los ancianos se enteraron —después de que Mono se uniese a la iglesia— de que estaba trabajando ilegalmente en el país. Les había mentido acerca de su situación legal y sostenía la mentira ante su jefe; quien creía que tenía los papeles en regla. Las opiniones en la congregación acerca de cómo responder ante esta situación de inmigración ilegal estaban divididas debido a que el Gobierno de los EE.UU. no había aplicado las leyes pertinentes al caso. Pero una cosa estaba clara: los cristianos no deben mentir a sus jefes falsificando su situación legal. Jesús no miente y, por supuesto, no persiste en lo incorrecto. Sus representantes tampoco deben hacerlo.

Durante meses, la iglesia rogó a Mono que arreglara el asunto. Se le intentó ayudar económicamente. No obstante, él se negó. A veces parecía que iba a obedecer, pero entonces se endurecía de nuevo decidido a quedarse en

América a cualquier precio. Empezó a dar la sensación de que apreciaba más a EE.UU. que a la Palabra de Dios.

Finalmente —y con los corazones rotos— la iglesia *disciplinó* o *excomulgó* a Mono por negarse a decir la verdad. Le dijeron que no podían seguir confirmando su ciudadanía en el Reino y llamarle cristiano. Le ordenaron no participar de la Cena del Señor. Le retiraron la membresía.

Fue un día triste para la congregación.

¿EN QUÉ CONSISTE LA DISCIPLINA EN LA IGLESIA?

¿Qué es la disciplina eclesial? En términos generales, la disciplina en la iglesia es una parte del proceso de disciplinar; la parte en la que corregimos el pecado y dirigimos al discípulo hacia un camino mejor. Ser *discipulado* significa —entre otras cosas— ser *disciplinado*. Y el cristiano se disciplina a través de la enseñanza y la corrección, como en una clase de matemáticas cuando el profesor enseña la lección y luego corrige los errores de los estudiantes. De manera informal, entonces, la disciplina en la iglesia empieza con una palabra de advertencia en privado a un hermano que está pecando. Para utilizar una definición más específica y formal, la disciplina eclesial es el acto de retirar a una persona de la membresía de la iglesia y de la participación de la Cena del Señor. La iglesia no está prohibiendo a la persona que asista a las reuniones semanales de la congregación. La iglesia quiere que la persona asista y oiga la Palabra de Dios predicada. Más bien, lo que

la congregación está diciendo es que ya no puede seguir confirmando la profesión de fe de esa persona y, por tanto, se niega a dejar que participe de la Santa Cena. Es la excomunión de la persona (o excomulgarla).

Quizá, junto con Mateo 18 (ver capítulo 3), el pasaje más conocido acerca de la disciplina en la iglesia es 1 Corintios 5. En este pasaje, Pablo reprende a la iglesia en Corinto por estar “envanecidos” y tolerar a un hombre que “tiene la mujer de su padre”. Les dice que sea “quitado de en medio de vosotros” (v. 2), que lo “juzguen” (v. 12), que expulsen al “perverso” (v. 13), que “el tal sea entregado a Satanás” (v. 5); lo cual significa al reino de Satanás, que es el mundo. No se puede seguir considerando a este hombre como ciudadano del Reino de Dios, no cuando está viviendo de esa forma.

Recuerda que ser miembro de la iglesia significa ser un representante de Jesús. La disciplina, entonces, es la medida apropiada cuando el carácter de la persona trae vergüenza al nombre de Jesús.

¿CUÁL ES EL PROPÓSITO DE LA DISCIPLINA EN LA IGLESIA?

La disciplina eclesial tiene —al menos— cinco propósitos.

Primero, la disciplina pretende *exponer*. Al pecado le encanta esconderse, como al cáncer. La disciplina expone el cáncer de manera que sea eliminado rápidamente (ver 1Co 5:2).

Segundo, la disciplina pretende *advertir*. La iglesia no representa la retribución divina a través de la disciplina. Más bien, desempeña un pequeño papel señalando el gran juicio venidero (v. 5).

Tercero, la disciplina pretende *salvar*. La iglesia inicia la disciplina cuando ve a un miembro tomar el camino hacia la muerte, y ninguna de sus súplicas ni de sus aspavientos produce que la persona vuelva atrás. Es el último recurso para llevar a la persona al arrepentimiento (v. 5).

Cuarto, la disciplina pretende *proteger*. Así como el cáncer se extiende de una célula a otra, el pecado se extiende de una persona a otra (v. 6).

Quinto, la disciplina pretende *mostrar* buen testimonio de Cristo. Aunque suene incoherente, la disciplina eclesial es buena para los incrédulos porque ayuda a preservar diferencias del pueblo de Dios atractivas y peculiares (ver v. 1). Recuerda, las iglesias deben ser sal y luz: “pero si la sal se desvaneciere —dijo Jesús— no sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mt 5:13).

Mono ocultó su pecado en la oscuridad. No quiso sacar a la luz la mentira y cuando fue expuesta, no quiso tratarla como pecado. Quiso tratarla como *inevitable*, o *necesaria*, o como algo *no tan malo*. Pero estaba siendo engañado por un corazón que deseaba más una cosa que a Jesús y a su Palabra.

La iglesia —llena de amor— no quería que él u otros fuesen engañados. La congregación quería advertirle,

salvarlo, proteger a los creyentes jóvenes que podían ser tentados a defender la mentira como algo razonable y también quería amar a sus vecinos preservando las diferencias peculiares de la Iglesia.

Por tanto, la congregación —a través de la disciplina— mostró un amor verdadero entregando a Mono a las consecuencias de sus propias decisiones. En realidad lo que hizo la iglesia no fue ni más ni menos que declarar que: “Si tú no escoges a Jesús, no puedes estar con Jesús”.

Sin lugar a dudas, el propósito fundamental en cada acto de disciplina debe ser el amor: amor hacia la *persona*, amor hacia la *iglesia*, amor hacia un *mundo* que nos observa y amor hacia *Cristo*.

Al fin y al cabo, Dios “al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (Heb 12:6). Si evitamos la disciplina estamos diciendo que amamos mejor que Dios.

El Dios de amor sabe que la disciplina produce vida, crecimiento y salud. Dios nos disciplina “para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad” (He. 12:10). Sí, es doloroso, pero vale la pena: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (Heb 12:11).

¿CUÁNDO DEBERÍA EJERCER DISCIPLINA LA IGLESIA?

¿Cuándo debería ser ejercida la disciplina? La respuesta sencilla es: cuando alguien peca. Los miembros de la

iglesia deberían aprender a confrontar el pecado en privado y de forma tierna. Esto no significa que levantes el martillo y le des un golpe al hermano cada vez que cometa la más mínima infracción. A menudo es mejor no decir nada. Y cuando digas algo, lo mejor que puedes hacer es comenzar haciendo preguntas, asegurándote de que conoces los hechos correctamente y que le estás concediendo a la persona el beneficio de la duda. Aun así, las iglesias deberían cultivar la clase de relaciones en las que se anima a practicar la corrección informal y a recibirla como un acto de amor.

La disciplina eclesial formal ejercida por toda la congregación se reserva para pecados tan graves que la iglesia ya no se siente capacitada para confirmar la profesión de fe de un individuo. La persona se sigue llamando a sí misma cristiana y representante de Jesús, pero sus palabras ya no son creíbles debido a la gravedad del pecado.

Permíteme explicarlo de otra manera: en algún lugar hay una línea divisoria entre pecados y patrones pecaminosos que esperas de los cristianos, y pecados que te hacen pensar que alguien no es cristiano. La disciplina en la iglesia está justificada —podríamos decir— cuando una persona pasa del primer terreno al segundo. No es aquello que te irrita a ti personalmente; es aquello que toda la asamblea puede ver y reconocer que descalifica la profesión de fe. No se puede seguir confiando en las palabras de la persona. Su profesión de fe ha perdido su credibilidad.

A lo mejor dice *estar arrepentida*, o *estar bien*, o que *no es para tanto*, pero por alguna razón la iglesia no puede seguir creyendo en su palabra. La congregación, entonces, rectifica su confirmación pública apartándola de la Cena del Señor. Le retira su pasaporte y anuncia que ya no puede formalmente confirmar la ciudadanía de esta persona en el Reino de Cristo.

Alguien podría decir —por ejemplo— que hay una diferencia entre una mentira ocasional de la que hay arrepentimiento, y una mentira en la que una persona basa su vida negándose a cambiar lo que está mal. La segunda definía a Mono.

¿Significa esto que las iglesias tienen que ver el corazón de las personas? Desde luego que no. Dios no nos ha provisto con visión de rayos X. Pero Dios sí pide a las iglesias que consideren el fruto de las vidas de las personas y las juzguen (Pablo utiliza exactamente la misma palabra: 1Co 5:12; ver Mt 3:8; 7:16-20; 12:33; 21:43).

¿Podemos ser algo más específicos acerca de dónde se encuentra esa línea divisoria entre un terreno y otro? Creo que podemos decir que la disciplina eclesial oficial debe ejercerse en casos de pecados *visibles, graves e impenitentes*.

Primero, el pecado debe manifestarse *visiblemente*. Las iglesias no deben levantar el banderín rojo de expulsión cada vez que supongan avaricia u orgullo en el corazón de alguien. Debe ser un pecado que se pueda ver con los ojos u oír con los oídos.

Segundo, el pecado debe ser *grave*. No debemos perseguir cada pecado hasta el límite. Necesitamos lugar para el amor que “cubrirá multitud de pecados” (1P 4:8) en la vida de la iglesia. Afortunadamente, Dios no nos disciplina visiblemente cada vez que pecamos.

Finalmente, el pecado debe ser *impenitente*. La persona implicada ha sido confrontada con los mandamientos de Dios en las Escrituras, pero rechaza abandonar el pecado. A todos los efectos, la persona aprecia más al pecado que a Jesús.

Ahora bien, hay veces cuando alguien se disculpa y dice estar arrepentida, pero la congregación decide —legítimamente— continuar con la disciplina de todos modos. Pienso que esto es correcto cuando —por una u otra razón— la iglesia no puede solo creer las palabras de quien hizo la falta. Puede que él se caracterice por mentir habitualmente. Puede que el pecado sea tan deliberado —como un patrón extenso de violencia o asesinato— o tan repugnante —como abusos sexuales— que haría cualquier disculpa apresurada imposible de creer. No es porque tales pecados no puedan ser perdonados, pero debe pasar algún tiempo y el fruto del arrepentimiento debe ser evidente antes de que la iglesia pueda responsablemente declarar el perdón (ver Hch 8:17-24). Por otro lado, cuando la congregación está convencida de que él está genuinamente arrepentido, no debería aplicar ninguna forma de disciplina (y no puedo encontrar ninguna excepción a este principio).

¿CÓMO DEBERÍA EJERCER DISCIPLINA LA IGLESIA?

¿Cómo debería ser ejercida la disciplina? Mateo 18 describe el proceso básico pasando de una persona a varias y de varias a toda la iglesia. La preocupación esencial de Jesús aquí es no involucrar a más personas de las necesarias para conseguir la reconciliación.

A veces, el proceso disciplinario debe ser un movimiento lento, como cuando la persona muestra interés en luchar contra el pecado. A veces, el proceso disciplinario necesita ser un movimiento rápido como en 1 Corintios 5 donde el pecado de ese hombre es flagrante y aparentemente impenitente. Además, necesitamos considerar no solamente la naturaleza del pecado; sino la naturaleza del pecador mismo. Diferentes pecados —para expresarlo claramente— necesitan diferentes estrategias (1Ts 5:14).

A menudo, los miembros de la iglesia se preguntan cómo deben relacionarse con alguien que ha sido disciplinado. El Nuevo Testamento aborda este asunto en diferentes lugares (1Co 5:9, 11; 2Ts 3:6, 14-15; 2Ti 3:5; Tit 3:10; 2Jn 10). La consejería básica que ofrecen los ancianos de mi propia congregación es que el tono general de la relación con la persona disciplinada debe cambiar notablemente. La relación no debe estar caracterizada por la informalidad, sino por las conversaciones deliberadas acerca del arrepentimiento. Sin lugar a duda, los miembros de una familia deben continuar cumpliendo con sus obligaciones familiares (ver Ef 6:1-3; 1Ti 5:8; 1P 3:1-2).

¿En qué momento tiene lugar la restauración? Cuando el pecador se arrepiente. A veces, el arrepentimiento es claramente de color blanco o negro; como cuando un hombre abandona a su esposa: debe volver con ella. A veces es gris; como en el caso de una persona atrapada en un ciclo de adicción: entonces se necesita mucha sabiduría.

Una vez que la iglesia ha decidido restaurar su comunión y la Cena del Señor a una persona arrepentida, no debe existir un periodo de prueba o una membresía de segunda clase. Por el contrario, la congregación debe anunciar su perdón públicamente (Jn 20:23), confirmar su amor hacia la persona arrepentida (2Co 2:8) y celebrarlo (Lc 15:24).

NECESITAMOS UNA SABIDURÍA MÁS ALTA QUE LA DEL SER HUMANO

Cuando las iglesias empiezan a practicar la disciplina se encuentran a menudo afrontando situaciones complejas y no tienen *precedentes* en las Escrituras que poder consultar. Aun así, la preocupación principal de la iglesia debe ser proteger la reputación de Cristo. Esto lo logrará considerando cuidadosamente si puede o no puede seguir confirmando la confesión de fe de alguien cuya vida tergiversa tan escandalosamente a Cristo. Proteger la reputación de Jesús es, de hecho, la acción más amorosa hacia el pecador, la iglesia y las naciones. Esta acción resultó ser la mayor demostración de amor para Mono y el

archipiélago indonesio. Poco después de su excomunión, Mono sintió convicción de pecado, compró un billete de avión y volvió a Indonesia. Algo así como un año más tarde, Mono escribió este correo electrónico a uno de los pastores de mi iglesia:

Andrés,

Gracias por el correo que me escribiste animándome tanto. También doy las gracias a la congregación por acordarse siempre de mí y por continuar orando por mi persona. Tengo que confesar que me fui de la iglesia con ese asunto pecaminoso sin resolver y lo más triste es que lo consideré poca cosa. Debería de haberme servido para humillarme y buscar la reconciliación con ustedes. ¿Acaso somos enemigos? ¡No, somos hermanos cristianos! Fui demasiado orgulloso. La dureza de mi corazón me llevó a pensar que Dios mismo arreglaría el asunto sin que yo tuviera que hacer nada. Así que seguí haciendo las cosas a mi manera. ¿El resultado? No encontraba paz... Ahora sé por qué Dios me trajo de vuelta a casa, porque hay una recompensa eterna esperándome. Me gustaría poder describirte qué tipo de relación tengo con Dios ahora. Es demasiado hermosa para poder describirla... Andrés, he estado orando para que esta reconciliación ocurriera pero, por favor, enséñame cómo hacerlo. Anhele volver a estar unido con mi familia. Por

¿Qué ocurre cuando los miembros no representan a Jesús?

último, transmite mi gratitud a los miembros de la iglesia y a los ancianos. Les echo de menos a todos.

Con mucho amor,

Mono

Nuestra iglesia, llena de gozo, respondió lo siguiente:

Mono,

Es maravilloso volver a estar en contacto contigo. Quiero que sepas que anoche, en la reunión de miembros, leímos parte de tu reciente correo electrónico... Todo el mundo se sintió tocado y estimulado por tus palabras y por tus decisiones.

La membresía votó unánimemente confirmar la siguiente propuesta de parte de los ancianos:

Propuesta:

Los ancianos se alegran de recomendar a los miembros que reconozcan con gratitud a Dios el arrepentimiento de nuestro hermano Mono, que le expresemos formalmente nuestro perdón por sus actos contra nosotros, y que renovemos públicamente nuestra manifestación de comunión con él, y de amor hacia él, como nuestro hermano en Cristo. Y todo esto lo hacemos con gran gratitud a Dios por su fidelidad a su Palabra y a todos los que lo honran con su obediencia.

Entonces oramos por ti como iglesia pidiéndole a Dios las más ricas bendiciones sobre tu vida y tu ministerio.

Deseamos que Dios te siga estimulando y sosteniendo en tu caminar con él.

*Tu hermano en Cristo,
Andrés*

Mono sirve actualmente como evangelista entre un grupo musulmán en Indonesia.

Así que la iglesia actuó, Mono se arrepintió, Dios fue glorificado y ahora una nación en el otro extremo del mundo está recogiendo los beneficios. ¿Acaso lo insensato de Dios no es más sabio que los hombres?

Jesús reina.

¿DEBERÍA SER IGUAL LA MEMBRESÍA EN TODAS PARTES?

Esta iglesia no tiene nombre. No tiene edificio. No está registrada legalmente porque el Gobierno la cerraría si supiera de su existencia.

Se reúnen en la casa de un hombre en una ciudad de Asia Central donde casi todo el mundo es musulmán. Hay entre ocho y diez miembros y nunca pasarán de veinte. Cuando lo hacen, tienen que dividirse. Las casas son muy pequeñas y, lo que es más importante, los cristianos en este país deben volar a ras de tierra para que no los detecte el radar de las autoridades civiles ni los clérigos musulmanes.

Esta iglesia se reúne cada domingo con sus dos ancianos; Francisco y Alberto, para poder orar, cantar y aprender de la Biblia. Ambos hombres se convirtieron durante la última década y aprendieron casi todo lo que saben acerca de la Biblia de dos o tres misioneros. La pregunta a la que queremos responder en este capítulo es: ¿Debería de ser igual la forma en la que Francisco y Alberto practican la membresía a como lo hace una iglesia

de una ciudad populosa de Occidente —como por ejemplo Washington, D.C.— donde yo me congrego? ¿Debería de ser igual la membresía en todas partes?

EN QUÉ ASUNTOS ES LA MEMBRESÍA IGUAL EN TODAS PARTES

La respuesta sencilla es: sí y no. Empezaremos con el sí. La membresía será igual en todas partes porque la Iglesia oficial de Jesús *es* su membresía. Jesús ha dado a toda iglesia en todo lugar las *mismas herramientas* para cumplir la *misma tarea*.

La tarea. Ser una sociedad distinta e identificada que, a través de sus diferencias peculiares, bendice a las naciones y produce alabanza para el Padre celestial (Mt 5:3-16).

Las herramientas. La autoridad para proteger el evangelio, para confirmar profesiones de fe evangélicas creíbles, para supervisar discipulados cristianos, para enseñar a los discípulos todo lo que Dios ha ordenado y para expulsar a los falsos maestros (Mt 16:13-19; 18:15-20; 28:18-20).

Aun más, la membresía será igual en todas partes porque todas las iglesias moran exactamente en el *mismo* contexto: en territorio enemigo. Recuerda que las iglesias

locales son embajadas. No moran en territorio neutral ni en territorio amigo, sino en medio de las líneas enemigas. Es por este motivo que Pablo en 1 Corintios 5 compara excomulgar al hombre sorprendido en adulterio con entregarlo a Satanás. El diablo es el príncipe de este mundo y los reinos de este mundo le pertenecen temporalmente (Jn 12:31; 14:30; Mt 4:8-9).

Ahora bien, Satanás utiliza diferentes estratagemas en diferentes lugares para socavar el Reino de Cristo. Uno de sus recursos favoritos en Occidente es el *cristianismo cultural*. La rama estadounidense del cristianismo cultural proviene de adultos bien intencionados que ofrecen por ahí el caramelo de la *gracia barata* por igual a chicos de cinco años y a chicos de veinte. Les preguntan si quieren estar con papá y mamá *en el cielo*, o los presionan para que tomen una decisión. La realidad es que juegan con sus miedos, con sus emociones o apetitos para obtener profesiones de fe rápidas y sin meditar; por eso confirman inmediatamente esas profesiones de fe. Por otro lado, la rama de la iglesia-estado europea es mucho más civilizada. La *gracia barata* viene con el certificado de nacimiento.

La genialidad de esta estratagema —en ambos lugares— es que permite a Satanás inocular a sus vasallos contra el cristianismo auténtico. Es prácticamente imposible compartir el evangelio con el cristiano cultural porque está de acuerdo contigo aunque no tiene convicción real alguna. “Sí, yo creo *eso*”. Pero no hay

arrepentimiento. Simplemente bautiza en el cristianismo una pequeña versión aseada de su viejo yo.

El otro gran peligro del cristianismo cultural es que induce a las iglesias a creer que no están viviendo en territorio enemigo. Las iglesias piensan que las naciones son su *casa*. Que están en un sitio *seguro*.

Por otro lado, Satanás utiliza diferentes estrategias en diferentes países. En Odisha (India) utilizará una turba hindú —técnicamente ilegal— para prenderle fuego a una iglesia. En la ciudad de Asia Central donde Francisco y Alberto pastorean, utilizará las propias autoridades locales para que se infiltren en las reuniones de la iglesia, confisquen materiales y encarcelen a los pastores. En partes de África, utilizará la adoración a los ancestros y a las religiones tradicionales africanas para *unir fuerzas* con el evangelio y transformarlo en algo totalmente diferente.

Debido a que los seres humanos vivimos en cuerpos físicos, tenemos la tendencia de fijarnos en diferencias a un nivel superficial. Pero las cosas más importantes nunca se ven con los ojos y, para nuestros propósitos aquí, de la cosa más importante que nos debemos dar cuenta es que toda iglesia, en todo lugar, mora en territorio hostil. No habrá *tierra santa* ni *edificios santos* en el planeta hasta que Jesús vuelva.

No importa adónde vayas ni el año que sea, la iglesia local protege el evangelio contra toda clase de ataques es cogiendo con cuidado a quién recibe como miembro. Todas

las iglesias deben hacer las mismas preguntas cruciales: “¿Quién dices tú que es Jesús? ¿Estás seguro de que verdaderamente estás preparado para tomar tu cruz y negarte a ti mismo identificándote con Jesús y con su cuerpo?”.

EN QUÉ ASUNTOS ES LA MEMBRESÍA DIFERENTE EN TODAS PARTES

Al mismo tiempo, debería estar claro —por lo que ya he dicho— que las iglesias en diferentes lugares afrontan diferentes desafíos. Las tareas básicas y las herramientas son las mismas. Pero las estructuras y las estrategias serán algo diferentes.

1. La complejidad social. Para empezar, cuanto más grande y más compleja es una sociedad, más difícil es confirmar profesiones de fe creíbles y supervisarlas. Esta labor se vuelve difícil por los trabajos temporales, la movilidad social, el tamaño de las iglesias, el crecimiento urbano, los horarios de trabajo exigentes, el pluralismo religioso, los prejuicios étnicos, el multidenominacionalismo, los siglos de herejías acumuladas, las iglesias falsas, la costumbre de ir de iglesia en iglesia, las tendencias culturales como el individualismo y el consumismo, y muchas cosas más. Cuanto más grande y más compleja es una sociedad, más difícil es saber *quién está con quién*.

¿Estás con Jesús? No te lo sabría decir; solo apareces los domingos por la mañana. Vives a treinta minutos de la iglesia. No tengo ni idea de cómo es tu vida durante la

semana. Has estado saltando de iglesia en iglesia durante años. Dices que amas a Jesús, ¿pero a qué Jesús te refieres? Tenemos un centenar de ellos para escoger...

2. La sociedad en contra o a favor. La postura general de una sociedad hacia el cristianismo también afecta a la capacidad de la iglesia de confirmar profesiones de fe y de supervisarlas. Irónicamente, será más fácil —en cierta manera— confirmar y supervisar a los cristianos en una sociedad que está visiblemente opuesta al evangelio. Piensa en la Palestina del primer siglo o en las naciones musulmanas actuales. En estos lugares hay una enorme aversión a identificarse con la iglesia. Debido a ello, es menos probable que las personas que soliciten el bautismo lo hagan por el beneficio del reconocimiento social.

Ahora piensa en una sociedad donde la cultura cristiana sea la dominante. El bautismo y la membresía son incentivados: los niños reciben el aplauso de sus padres, los adultos obtienen una lista ampliada de clientes potenciales para su trabajo de ventas o para su firma de abogados.

Está claro que ambas categorías —y sus diferencias— afectarán la cantidad de estructura que una iglesia necesita para poder cumplir su labor utilizando las herramientas que Cristo le ha dado. Aquí estamos moviéndonos en el terreno de la prudencia —lo cual nunca es una ciencia exacta— pero, hablando en términos generales, creo que podemos decir que cuanto más apoyo

recibe el cristianismo y cuanto más compleja es una sociedad, más estructura necesita la iglesia.

Por ejemplo, las lecciones de membresía en una sociedad compleja te ayudarán a saber exactamente de qué Jesús está hablando esa iglesia. La entrevista formal de membresía ayudará a la iglesia a saber de qué Jesús estás hablando tú. Las lecciones y las entrevistas ayudan a aclarar las expectativas de ambas partes.

Además, en una sociedad compleja el registro oficial de miembros ayudará a las iglesias a tener localizadas a personas que se reparten por grandes áreas metropolitanas. Ayudará a las congregaciones y a sus líderes a saber de quiénes son responsables en particular.

Por otro lado, en una sociedad más sencilla —que esté en contra del cristianismo— cosas tales como estudios de membresía y registros oficiales de miembros son innecesarias e incómodas. De hecho, los registros de miembros pueden ser peligrosos si acaban en las manos equivocadas. Dicho esto, Jesús ha dado a esas iglesias las mismas herramientas para las mismas tareas que las hacen distintas. Veamos si puedo ilustrar esto con nuestros amigos de Asia Central.

EL PUNTO DE PARTIDA BÍBLICO

En la iglesia de Francisco y Alberto las personas se convierten en miembros por el bautismo. Aun así, pedir el bautismo concede siempre unas semanas de margen

para que los ancianos y la congregación realicen entrevistas. Estas *entrevistas* no tienen lugar en oficinas de iglesias (ya que no tienen). Tienen lugar entre paseos y platos compartidos de arroz pilaf. En realidad, son más bien *conversaciones* que entrevistas. Aunque su propósito es el mismo: asegurarse de que el candidato entiende el evangelio y está arrepentido.

Posteriormente, se le pide a la persona que dé testimonio frente a toda la congregación; momento en el cual los miembros de la iglesia hacen preguntas. Los ancianos dirigen las preguntas pero animan a que toda la iglesia participe ya que eso ayuda a esclarecer el entendimiento que todos ellos tienen del evangelio.

La congregación nunca vota, pero a veces se necesita consenso para decidir si la persona es creyente o si, por el contrario, necesita un poco más de tiempo para demostrar que su fe es genuina. En una comunidad musulmana como esta, se espera que la conversión cambie la vida de las personas. Por tanto, la iglesia busca pruebas de la conversión. No esperan que todo sea perfecto, pero sí quieren ver indicios de arrepentimiento y, en particular, la disposición de identificarse públicamente ante la congregación como un seguidor de Jesús.

Como último paso, la iglesia dará su confirmación a través del bautismo, el cual da a la persona la bienvenida oficial en la asamblea. Por supuesto, es complicado organizar bautismos en ese país. A veces se llevan a cabo en un

estanque o en un río en las afueras de la ciudad (aunque he tenido el privilegio de presenciar un bautismo en una lujosa piscina portátil para niños).

Pienso que esta pequeña congregación en Asia Central nos provee con el punto de partida bíblico. Ellos no tienen todas las estructuras de mi propia iglesia, pero estoy convencido de que cumplen con el criterio bíblico neotestamentario de la membresía eclesial.

- Todos tienen claro quiénes son los miembros, aunque no tengan un registro oficial de los mismos. Todos saben quién se ha arrepentido, quién ha creído y quién no lo ha hecho, porque todos estaban presentes en los bautismos de los que se unieron a la iglesia después de ellos mismos. También celebran la Cena del Señor para que la línea de separación entre la iglesia y el mundo permanezca visible.
- Aunque no tienen cursos formales de membresía ni entrevistas individuales, la congregación examina cuidadosamente las profesiones de fe para asegurarse de su autenticidad. Además, ninguna secta y ninguna iglesia falsa presentan otra clase de Jesús, ni de arrepentimiento (todavía).
- Todos los miembros —aun los ancianos— se someten a la supervisión de la iglesia entera, aunque no haya votaciones en la congregación. Es fácil reconocer si hay consenso en un grupo de quince o veinte personas.

- La iglesia practica la disciplina para sostener la pureza de la congregación y por amor a la persona que cae en pecado.

A través de todas estas cosas se protege y se mantiene el nombre y la reputación de Cristo.

¿SON TAN DIFERENTES ESTOS MODELOS DE IGLESIA?

A simple vista, el proceso de unirse a mi iglesia en Washington, D.C. parece bastante diferente al de la iglesia en Asia Central. Debes empezar asistiendo a seis *lecciones de membresía*; las cuales abarcan la confesión de fe de la iglesia, el pacto, la historia, las responsabilidades evangélicas y otros elementos de la vida de la congregación.

Si quieres hacerte miembro después de esta maratón, pides una *entrevista de membresía* con un anciano para poder compartir tu testimonio y explicar el evangelio. (¡Un pastor en concreto es famoso por pedirle a la gente que explique las buenas nuevas “en sesenta segundos o menos”!). Al terminar la entrevista se les pide que firmen la confesión de fe de la iglesia y el reglamento interno.

El anciano —que ha estado toda la entrevista cumplimentando una *solicitud de membresía*— fotocopia la solicitud para todos los demás ancianos (a quienes se les pide que la lean antes de la próxima reunión del consejo). Los ancianos examinan juntos tu solicitud, votan utilizando el “Robert’s Rules of Order” (“Manual de procedimiento

parlamentario de Robert”)¹ y hacen llegar su propuesta a la iglesia en la próxima reunión bimensual de miembros. Después de que un anciano dedique un par de minutos para presentarte —con tu cara flotando por ahí en una pantalla de PowerPoint—, la congregación también vota tu aceptación, ayudada de nuevo por el meticuloso Robert y sus normas.

Si eres aceptado como miembro se te añadirá al *registro oficial* y recibirás un *kit de membresía* que contiene un montón de utensilios de poca importancia.

Suena bastante burocrático, ¿verdad? Y ninguno de estos detalles viene en la Biblia. Seguro que Robert no viajó con Pablo y Bernabé. Tal vez estaba con Pedro...

En realidad, yo diría que en la mayoría de las ciudades globalmente secularizadas de nuestros días, la iglesia sencillamente *no puede* hacer lo que la Biblia manda hacer a las iglesias para confirmar y para supervisar a los ciudadanos de Cristo sin algún tipo de estructura *parecida* a esta. No tienen por qué ser iguales. Puede que la congregación quiera pedirle a cada candidato que vaya a dar un paseo de cuatro horas por el parque con un anciano y un par de miembros más para poder hablar de todos los temas que aparecen en una lección o en una entrevista. Puede que la iglesia quiera pedirles a los miembros que memoricen los nombres en vez de registrarlos en una lista.

El asunto es que tiene que haber alguna clase de conversación antes de que el candidato y la iglesia digan “Sí

quiero” a este tipo de pacto relacional llamado membresía de iglesia. La congregación necesita saber quiénes son sus miembros. De lo contrario, Jesús hubiera pedido a la iglesia local que cuidara de *todas* sus ovejas.

Siendo sincero, creo que las diferencias entre los modelos de Asia Central y EE.UU. son básicamente externas. Ambas iglesias están cumpliendo los mismos objetivos: la proclamación, el testimonio y la protección del evangelio a través de las vidas de unos miembros confirmados oficialmente.

LA MEMBRESÍA Y LA VIDA CRISTIANA SON LA MISMA COSA

En la iglesia de Francisco y Alberto los factores contextuales simplifican las estructuras de la membresía. Como alguien me dijo: “Saber quién está dentro y quién está fuera es relativamente fácil”. Esto se vio claramente durante una redada policial en la iglesia que hizo que los miembros se sintieran más que nunca en el centro de atención.

El desafío más grande para Francisco y Alberto radica en enseñar a los miembros de la congregación acerca de sus nuevas responsabilidades los unos con los otros; como también el propósito de la disciplina eclesial. Pero para ellos, estas lecciones no son asuntos de la *membresía* sino, más bien, asuntos de la *vida cristiana*. Para estos benditos santos, la vida cristiana y la membresía de la iglesia prácticamente se mezclan. Son una misma cosa.

Así debería ser con nosotros.

CONCLUSIÓN

LA MEMBRESÍA DEFINE EL AMOR

La iglesia local define al mundo lo que es el amor a través de la vida de sus miembros.

Estas son buenas noticias porque el mundo actual está bastante confuso con respecto a la definición del amor. Piensan que el amor es como una masa de gelatina; algo sin centro, sin partes y sin aristas duras. Piensan que el amor es un asunto libre de condiciones, expectativas, estándares o juicios. Tal y como expresa una famosa pegatina de parachoques: “♥ + ♥ = Matrimonio”. Enfrentamos el amor contra la ley y la verdad, incluso en los propios círculos cristianos: dividiendo el mundo entre gente que defiende la verdad y gente que defiende el amor.

El problema es que el amor de Jesús no es así. El amor de Jesús empieza con un acto de misericordia y, entonces, llama a los receptores de la misericordia a la libertad de la obediencia.

1. Primero, es un acto de misericordia: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn 15:13).
2. Luego, es un llamado a la obediencia: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn 14:15).

El mundo no entiende esta combinación, pero este es el amor de Dios: el amor y la santidad no se oponen uno contra otro, sino que se asocian para llevar a la gente a Dios.

Por tanto, el Rey Jesús llama a las iglesias a que manifiesten la misma misericordia y el mismo amor obediente ante el mundo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn. 13:34-35). Así que, entregamos nuestras vidas por otros y entonces luchamos juntos por la libertad de la obediencia. Cuando lo hacemos, reflejamos el amor de Cristo por el mundo y promovemos que las naciones alaben a Dios.

PARA CONSULTAS ADICIONALES

1. Mi libro *La disciplina en la iglesia: Cómo protege la iglesia el nombre de Jesús* es el libro que acompaña a este tomo. En él se explican diferentes ejemplos reales y cómo proceder con la disciplina. Amplía el contenido del capítulo 7 de este libro.
2. Encontrarás un análisis más profundo —desde un punto de vista bíblico y teológico— de los temas de este tomo en mi libro “The Church and the Surprising Offense of God’s Love: Reintroducing the Doctrines of Membership and Discipline” (“La iglesia y la sorprendente ofensa del amor de Dios: Reintroduciendo las doctrinas de la membresía y la disciplina”) (Wheaton, IL: Crossway, 2010).
3. Thabiti Anyabwile ha escrito una meditación maravillosa de cómo desarrollar una membresía valiosa en su libro “What Is a Healthy Church Member?” (“¿Qué significa ser un miembro de iglesia sano?”).
4. Josh Harris nos proporciona argumentos coherentes y pertinentes para unirnos a la iglesia en su libro “Stop Dating the Church: Fall in Love with the Family of God” (“Deja de tener citas amorosas con la iglesia: ¡Enamórate de la familia de Dios!”) (Multnomah, 2004)

5. Si no has leído el libro de Mark Dever “What Is a Healthy Church? (Una iglesia saludable – Nueve características) (Faro de Gracia, 2008), te estás perdiendo una gran introducción acerca de lo que deberías buscar para reconocer a una iglesia sana.
6. Encontrarás un montón de artículos, reseñas de libros, entrevistas en audio, y una lista de preguntas y respuestas acerca de los temas de la membresía y la disciplina en las páginas de 9Marks: www.9Marks.org (en inglés) y es.9marks.org (en español).

UNAS PALABRAS DE GRATITUD

Quisiera dar las gracias de nuevo a Mark Dever, Matt Schmucker y Ryan Townsend por apoyar este proyecto. El primero que leyó el manuscrito fue Bobby Jamieson y agradezco sus buenos consejos. Muchas gracias, hermanos. Puedo decir que me encanta mi trabajo gracias a vosotros y al resto del personal de 9Marks.

Es maravilloso trabajar con la Editorial Crossway.

¡Gracias! (a Al Fisher y a los demás).

Ha habido un grupo adicional de personas que han leído el manuscrito y entre todas ellas lo han mejorado. Este grupo lo componen: Kendrick Kuo, Jeff Gearhart, Bill y Jane Englund, Robert Cline y Jeramie Rinne. Muchísimas gracias, amigos.

Como siempre, mi esposa Shannon ha sido una fuente constante de apoyo e intercambio de opiniones con respecto al contenido del libro. Doy gracias por tu vida; te quiero.

Y finalmente, le doy las gracias a Dios por enviar a su Hijo a rescatar a una Iglesia que incluye gente rebelde como yo.

REFERENCIAS

CAPÍTULO 1

1. No estoy diciendo que estos dos últimos puntos sean un requisito *indispensable*; lo que digo es que el bautismo debería llevarnos normalmente a la membresía y que la Cena del Señor es normalmente para los miembros de la iglesia.
2. Citado por Janet Coleman en “Against the State: Studies in Sedition and Rebellion” (“Contra el Estado: Estudios sobre sedición y rebelión”), p. 37, Penguin Books, (New York), 1990.

CAPÍTULO 3

1. Taberna francesa de origen obrero que servía sobre todo vino, café, queso y embutidos. En la actualidad son restaurantes modestos que sirven platos caseros y tradicionales a precios populares. (Nota del traductor).
2. Edificio en el que se reúne el Congreso de los EE.UU. El autor lo utiliza como un símil del Sanedrín judío. (N. del T.).
3. Edmund P. Clowney, *The Church. Contours of Christian Theology* (La Iglesia. Contornos de teología cristiana), p. 40, IVP, Downers Grove, (Illinois), 1995

CAPÍTULO 4

1. El 24 de octubre de 1929 se produjo la primera caída de la Bolsa de Valores de Nueva York causando una reacción en

cadena que colapsó la economía estadounidense, provocó una grave recesión económica de más una década y afectó a casi todas las naciones industrializadas. (N. del T.).

CAPÍTULO 6

1. Doctrina mantenida por los que opinan que el cuarto mandamiento prohíbe trabajar el día de reposo. El sabatarianismo más estricto guarda el sábado y el más moderado lo hace el domingo. La mayor parte de la cristiandad cree que la resurrección del Señor Jesús confirmó un nuevo pacto y por tanto celebran el día de reposo el domingo pero sin las restricciones de la ley mosaica. (Nota del traductor).

CAPÍTULO 7

1. Día en el que se celebra la firma de la Declaración de Independencia de EE.UU. Es día de fiesta nacional. Se organizan varios eventos culturales (Nota del traductor).

CAPÍTULO 8

1. Título corto del libro escrito por Henry Martyn Robert publicado en 1876. Debido a que las normas para presidir asambleas ordinarias no estaban unificadas, Robert adaptó y modificó los procedimientos de la Cámara de los Representantes de EE.UU para su uso en asambleas o sociedades. En esencia, promueven el gobierno de la mayoría sobre la minoría con la menor fricción posible a través del debate, la deliberación y la votación. (Nota del traductor).

ÍNDICE DE LAS ESCRITURAS

2 SAMUEL

23:3-4 **103**

PROVERBIOS

5:15-16 **56**

ISAÍAS

11:2-10 **103**

MATEO

3:8 **130**

3:9-12 **59**

3:17 **59**

4:8-9 **139**

4:17 **60**

5:3 **60**

5:3-16 **138**

5:10 **34**

5:13 **92, 127**

5:48 **60**

7:16-20 **130**

7:21-23 **60**

8:11-12 **59**

10:10 **114**

11:27 **59**

12:33 **130**

16:1-12 **64**

16:13-19 **138**

16:18-19 **64**

18:3 **60**

18:4-5 **98**

18:15 **116**

18:15-20 **67, 126, 138**

18:16-17 **116**

18:20 **69**

20:25 **32**

21:43 **130**

24:5 **60**

25:44-45 **60**

26:26-29 **72**

26-28 **32**

28:18-20 **78, 138**

28:19 **69, 72, 101**

MARCOS

1:15 **99**

LUCAS

10:7 **114**

15:24 **133**

JUAN

8:36 **117**

12:31 **139**

13:34-35 **84, 92, 117**

14:9 **59**

14:15 **92, 150**

14:30 **139**

15:13 **150**

19:11 **19**

20:23 **133**

20:31 **44**

HECHOS

1:15 **38**

2:2, 5, 9-11, 36-37 **37**

2:38 **38, 46, 101**

2:41 **38, 46**

2:42-45 **39**

2:42-47 **109**

2:46, 47 **39**

4:4 **39**

4:19 **40**

5:1-12 **39**

5:13, 29, 42 **40**

6:1-2 **39**

6:4 **121**

8:3 **40, 45**

8:12 **46**

8:14 **40**

8:17-24 **131**

9:10, 32, 42 **40**

9:18 **46**

9:20, 22, 27, 31 **41**

10:24, 47-48 **41**

11:18 **41**

11:19-22, 24, 26 **42**

11:22, 26 **45**

11:26 **49**

12:1 **49**

12:1, 5 **45**

12:12 **43**

13:4, 13-14 **42**

13:12 **43**

14:20-23 **42**

14:23 **119**

14:27 **45, 49**

15:3-4 **45**

15:36 – 18:32 **43**

16:33 **46**

17:3 **44**

18:8 **43, 46**

18:14-17 **43**

18:23 – 21:26 **43**

20:7 **109**

20:28 **48, 92, 118**

22:16 **46**

24:26 **43**

26:24, 28 **43**

28:31 **50**

ROMANOS

6:2 **84**

6:3-5 **46, 72**

6:4 **101**

8:29 **60**

10:9 **44**
12:4-16 **48**
12:10 **113**
12:13 **114**
13:4 **19**
15:26 **114**

1 CORINTIOS

5:1 **127**
5:2 **126**
5:4 **45**
5:5, 6 **126, 127**
5:9-10 **46**
5:9, 11 **132**
5:11 **48**
5:12 **126, 130**
5:13 **48, 126**
9:11-14 **114**
11:18 **46**
11:20, 33 **90**
11:26-29 **72**
12:3 **44**
12:7 **116**
12:13, 22 **83**
12:25-26 **113**
12:27 **82**
15:1-5 **44**
15:33 **111**
15:49 **60**
16:1-2 **114**
16:2 **109**

2 CORINTIOS

2:8 **133**
3:18 **60**
4:5 **44**
6:14, 17 **47**

GÁLATAS

2:10 **114**
2:11-12 **48**
6:1 **115**
6:2 **84**

EFESIOS

1:7 **44**
1:18 **76**
3:10 **92**
3:15 **86**
4:11-16, 25-32 **91**
4:11-32 **116**
5:22-31 **117**
5:31-32 **85**
6:1-3 **132**
6:20 **43**

FILIPENSES

1:27 **105**
2:3-4 **105, 109**
2:5-11 **106**
2:10-11 **28**
2:12-16 **107**
2:15 **104**

COLOSENSES

1:15 **59**
3:9-10 **60**

1 TESALONICENSES

5:14 **132**

2 TESALONICENSES

3:6, 14-15 **132**

1 TIMOTEO

5:8 **132**
5:9-10 **48**
5:17 **48, 119**
5:17-18 **114**
5:18 **119**
5:19 **120, 121**

2 TIMOTEO

3:5 **132**

TITO

1:7 **118**
3:10 **48, 132**

HEBREOS

10:25 **109, 116**
10:34 **48**
12:6 **128**
12:11 **128**
13:7, 17 **48, 92, 119**

SANTIAGO

4:4 **111**

1 PEDRO

1:1, 3-12 **44**
2:5 **77**
2:9-12 **92**
3:1-2 **132**
4:8-11 **48**
4:10 **84**
5:2 **48, 92, 118**

1 JUAN

2:19 **48, 92**
3:7 **84**
3:17 **114**
4:1-3 **98**
4:20-21 **92**

2 JUAN

10 **132**

JUDAS

20-21, 23 **116**

APOCALIPSIS

1:5 **19**
6:15-17 **19**
11:15 **28**

IX 9Marks

Construyendo Iglesias saludables

¿TU IGLESIA ES SALUDABLE?

El propósito de 9Marks es equipar a los líderes de la Iglesia con una visión bíblica y recursos prácticos para mostrar la gloria de Dios a las naciones a través de iglesias saludables.

Para ello, queremos ayudar a las iglesias a crecer en nueve marcas de salud que a menudo se pasan por alto:

1. Predicación expositiva.
2. Teología bíblica.
3. Un entendimiento bíblico de la buenas nuevas.
4. Un entendimiento bíblico de la conversión.
5. Un entendimiento bíblico del evangelismo.
6. Un entendimiento bíblico de la membresía.
7. Disciplina bíblica en la Iglesia.
8. El discipulado y el crecimiento bíblico.
9. Liderazgo bíblico en la Iglesia.

En 9Marks escribimos artículos, libros, reseñas de libros y un diario en línea.

Organizamos conferencias, grabamos entrevistas y producimos otros recursos para equipar iglesias para mostrar la gloria de Dios.

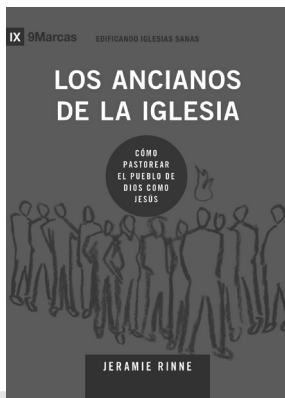
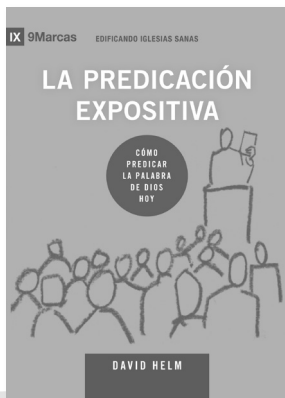
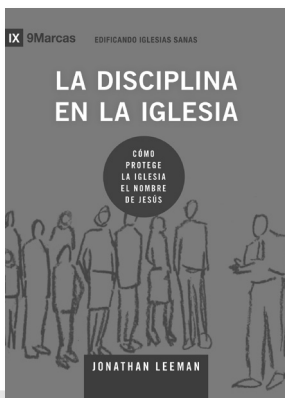
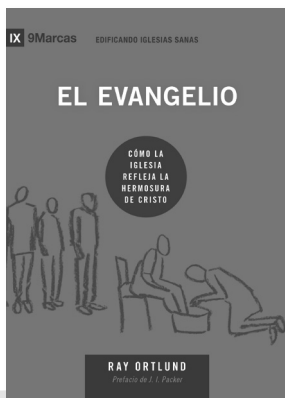
Visita nuestro sitio web para encontrar contenido en más de 30 idiomas y regístrate para recibir nuestra revista en línea de forma gratuita. Consulta el listado de nuestro sitio web en otros idiomas en:

9marks.org/about/international-efforts

9marks.org

Lee otros libros de la serie de 9Marcas

EDIFICANDO IGLESIAS SANAS



Encuentra más en
www.poiema.co/9marcas



¿POR QUÉ DEBERÍAS UNIRTE A UNA IGLESIA?

Llegar a ser miembro de una iglesia local es una parte importante —y a menudo descuidada— de la vida cristiana. La tendencia actual es rehusar la práctica de la religión organizada y manifestar rechazo o miedo al compromiso, sobre todo con cualquier institución.

Jonathan Leeman aborda estos temas con una explicación sencilla de lo que significa la membresía de la iglesia y por qué es importante. Restituye a la iglesia local al lugar que le corresponde a través de una argumentación convincente que nos llevará a comprometernos con ella.

«Lleno de conceptos prácticos y de argumentación coherente. Este libro nos ayudará a curar a los cristianos de nuestra cultura actual de su alergia a la membresía de la iglesia, a la autoridad pastoral, a tener que dar cuentas y a no poner límites a la libertad personal».

TIM KELLER, Pastor fundador de la iglesia Redeemer, NYC
y autor de *Encuentros con Jesús*

«Directo, fresco, edificante y, por encima de todo, bíblico. Esta es la explicación y la defensa de la membresía de la iglesia que hemos estado esperando».

MARK DEVER, Pastor principal de Capitol Hill Baptist Church, Washington, D.C.

«Jonathan Leeman nos recuerda que la membresía de la iglesia no es una opción, sino una obligación. Este libro es contundente y provocador, pero al mismo tiempo está recubierto con el evangelio de la gracia».

THOMAS SCHREINER, Profesor de interpretación del Nuevo Testamento en Southern Baptist Theological Seminary

JONATHAN LEEMAN (MDiv, Southern Baptist Theological Seminary) es miembro de Capitol Hill Baptist Church en Washington, D.C. También sirve en el ministerio de 9Marcas como director editorial y editor de su eJournal. Autor de *La membresía de la iglesia*.

Este libro forma parte de la serie de 9Marcas: **EDIFICANDO IGLESIAS SANAS**



Visita
nuestra web **www.poiema.co**

"Porque somos la obra maestra (POIEMA) de Dios,
creados de nuevo en Cristo Jesús..."